

La dama hermosa de los ojos vacíos

Carolina-Dafne Alonso-Cortés



Carolina-Dafne Alonso-Cortés

LA DAMA HERMOSA DE LOS OJOS VACÍOS

(Novela)

Premio Ciudad de Baena

“Salve, oh Siete Seres, los que sustentáis la balanza de la noche, los que decapitáis y degolláis, los que rasgáis los pechos, y lleváis a cabo matanzas en el Lago de Fuego...”

(Libro de los muertos)

INTRODUCCIÓN

ERAN LAS 18,45 DE UN SÁBADO OTOÑAL, la hora de mayor afluencia a las cafeterías; más de trescientas personas abarrotaban el local de *Europa 2.000*, uno de los más lujosos de la ciudad. Una mujer estaba aparcando su vehículo en las inmediaciones cuando oyó la explosión. Más tarde la describiría como un estallido seco, que pareció surgir del centro de la tierra; pudo ver una densa columna de humo saliendo de la cafetería, al tiempo que saltaban en mil pedazos los cristales del gran escaparate y el público huía, aterrorizado.

Las zonas cercanas se estremecieron; la confusión fue enorme, y pronto muchos curiosos se habían congregado en los alrededores. El edificio tenía veinte plantas de oficinas, que estaban desocupadas en aquel momento.

El local se llenó repentinamente de un humo espeso y negro con olor a pólvora; algunas víctimas murieron en el acto, alcanzadas de lleno por la onda expansiva o aplastadas bajo los cascotes. Todo quedó por un momento a oscuras, pero luego las luces se encendieron, salvo aquéllas que habían sufrido más directamente la proximidad de la explosión.

Una gran zona de la planta baja se había derrumbado, y una avalancha de escombros aprisionó a muchos clientes; la pared medianera entre el salón y los servicios estaba destrozada y los azulejos se habían desprendido, dejando al aire ladrillos y cemento. También cayeron escayolas del techo, y el lugar de los lavabos era un amasijo de tubos, cables y cañerías; los sanitarios se habían desgajado y fueron proyectados a distancia.

Cuando ocurrió la explosión, en el salón de la planta inferior se hallaban merendando gentes de todas las edades, que resultaron brutalmente mutiladas. Tras un primer momento de desconcierto, los que quedaron heridos de menos gravedad ayudaron a salvar a los más graves, improvisando camillas y parihuelas; algunos automóviles que pasaban por la calle los transportaron a diversos centros sanitarios.

Inmediatamente llegaron médicos y fuerzas de la policía; la acera había quedado sembrada de cristales y un gran tablón se había desprendido de la marquesina, interceptando el paso. Las luces del salón superior estaban encendidas, así como el gran letrero luminoso en la fachada, donde podía leerse el nombre de la cafetería. Fueron llegando ambulancias y empezó a organizarse el rescate de las víctimas.

Varios policías habían acordonado el lugar apartando a la multitud, y algunos hombres y mujeres trataban de romper el cordón policial. Mientras, especialistas en explosivos investigaban la posible existencia

de un nuevo artefacto.

Los peatones seguían arremolinándose bajo la lluvia, pese a los intentos de las fuerzas del orden por dispersarlos. Más allá, la ciudad se extendía bajo un horizonte de humos; una maraña de edificios se alzaba bajo la línea ondulante del horizonte, y de ella surgían torrecillas entre masas verdes de árboles punteadas de hojas cobrizas. Enfrente de la cafetería, la policía tuvo que actuar para que un grupo de fotógrafos y periodistas no fuera agredido. Dentro, los bomberos se movían entre tablones y trozos de pared, bajo los cables que antes ocultara el doble techo y que pendían ahora de las vigas. Las bocas de los tubos de ventilación se abrían, redondas, en el muro; se había procedido a cortar las llaves del gas y el agua, para evitar escapes o inundaciones.

En algunos casos fue difícil la identificación: algunos cadáveres estaban magullados y por completo irreconocibles, y una mano que había sido cortada limpiamente permanecía abierta sobre los cascotes.

Todavía quedaban restos de comidas sobre las mesas destrozadas, y los manteles claros estaban manchados de polvo y de sangre. Enfermeros y policías saltaban por encima de los muebles, recogiendo aquí y allá algún cuerpo, mientras los tubos de neón desprendidos se balanceaban al extremo de los cables eléctricos.

Varios testigos declararon a la policía haber visto, minutos antes de ocurrir la explosión, a un hombre joven de cabello rubio que entraba en los lavabos con una bolsa de deporte en la mano; poco después había salido sin la bolsa y subió corriendo las escaleras. Todos coincidieron en que vestía un jersey rojo y una camisa a cuadros. Enseguida sobrevino la tragedia.

Según las primeras estimaciones, una bomba de unos doce kilos, activada por un sencillo mecanismo de relojería, había estallado cerca de los lavabos, en el primer sótano del local. Los heridos fueron llegando a los distintos centros: los servicios de recepción de sangre se vieron pronto desbordados, ya que varias emisoras de radio habían convocado a los posibles donantes, que estuvieron acudiendo durante varias horas.

Los cadáveres de trece personas, víctimas del atentado, yacían cubiertos con sábanas en el depósito judicial; poco a poco se fue distanciando el ulular de las sirenas y de los coches patrulla, mientras las camillas con los heridos se alineaban en los hospitales y los familiares trataban de localizarlos.

En la calle se habían encendido las farolas, porque los días iban haciéndose más cortos. El paso elevado estaba envuelto en una luz amarillenta que lo inundaba todo; los coches al pasar la reflejaban en sus curvas y en sus metales, y las señales de tráfico eran como brillantes ojos de color.

EL JOVEN TERRORISTA llevaba tres días en la ciudad y sólo había salido por la noche para estudiar ciertos lugares, y los medios de transporte. Ocupaba en un barrio periférico un piso bajo, normalmente deshabitado, y que había sido acondicionado como refugio, o zulo.

En el sótano había una pequeña habitación a la que se accedía por una trampilla en el suelo, oculta por una alfombra. Contenía una litera doble, dos sillas plegables, un receptor de radio y varios objetos en una estantería.

Cuando se despertó, observó a la muchacha que seguía durmiendo en la cama inferior: era morena, con el cabello oscuro y los labios carnosos y húmedos. Se percató de que su respiración era tranquila y acompasada.

Retiró la manta, saltó de la litera y se puso de pie. Era un hombre delgado, de pelo rubio y liso y un rostro estrecho y anguloso. Representaba veinticinco años, y no era demasiado alto. Llevaba puesto un slip marrón, se encajó un pantalón vaquero y se estuvo abotonando la camisa.

Mientras se vestía estuvo pensando en los detalles de la operación; en realidad, no era nada nuevo para él. Decenas de veces había pasado la frontera en coche o a pie, y conocía las rutas como la palma de su mano. Sólo había sufrido un percance, a consecuencias del cual su mejilla estaba surcada por una fina cicatriz.

Estuvo contando unos billetes en moneda francesa y española y los guardó en el bolsillo; encendió la

pipa y le dio una profunda chupada. Más tarde revisó el material: en la estantería había frascos con productos químicos, junto a varias matrículas falsas de automóvil. En un rincón, una simple caja de madera ocultaba armas y municiones, y en el suelo junto a la pared había un aparato de captación para emisoras policiales, una multicopista y una vieja máquina de escribir.

-Vaya mierda -se dijo.

De una carpeta sacó diversos planos del centro de la ciudad, donde estaban marcados los centros oficiales y las comisarías. Estuvo revisándolos a la luz de una lámpara en la que habían colocado a modo de pantalla una blusa de mujer. Hasta allí llegaban las notas de una música de jazz, y a través de la trampilla semiabierta notó el tufillo de un guiso reciente.

-Dios bendiga a Luci-suspiró.

Su compañera seguía durmiendo. Pasó la mano suavemente sobre su vientre, y notó su incipiente embarazo. Ella se estremeció. Luego se dio la vuelta y se quedó de cara a la pared.

-Descansa -le dijo él al oído. -Va a hacerte falta.

De pronto se le ocurrió considerar qué ocurriría si alguien bloqueaba aquella entrada: tendrían que morir como ratas, asfixiados en aquel sótano. Se pasó la mano por la frente.

-Tranquilo -se dijo.- Estás demasiado nervioso.

Alzó la tapa del cajón: dentro había un par de metralletas, una escopeta con los cañones recortados y un revólver calibre 38, con el número borrado. Limpió la pipa cuidadosamente y se la guardó en el bolsillo. Luego se sentó en el suelo: allí, sobre uno de los planos, estuvo trazando varios itinerarios alternativos.

-Tendré que destruir esto -gruñó.- Es mejor saberlo todo de memoria.

Aquella atmósfera lo ahogaba y le producía claustrofobia. Afortunadamente, pensó, sería ya por poco tiempo. Del cajón sacó varios cartuchos envueltos en papel parafinado. Contenía cada uno cien gramos de explosivo y medían unos doce centímetros de largo por algo más de dos de diámetro. Luego alcanzó de debajo de la cama una bolsa de deporte y fue acoplando dentro los cartuchos hasta un centenar, lo que suponía una carga explosiva de diez kilos.

-Con esto será suficiente -sonrió para sí.

A nadie podía llamarle la atención verlo entrar en la cafetería con aquella bolsa: la dejaría en el primer sótano junto a los lavabos, y saldría a toda prisa. Unos minutos después, todo habría terminado.

Sabía que la policía lo estaba buscando, pero nunca en la ciudad. Se le suponía implicado en varios atentados mortales, así como en atracos y secuestros. Pero él dominaba la situación: conocía de sobra el manejo de toda clase de armas y explosivos, y los compañeros lo aguardaban al otro lado de la frontera que cruzaría de madrugada.

Había pensado provocar la explosión por medio de un reloj de pulsera, pero se dio cuenta de que todo tenía que suceder con una exactitud de segundos, y optó por el sistema más seguro del despertador. Cogió uno del estante y lo estuvo preparando, con una pila eléctrica y el fulminante. Al llegar el momento exacto, giraría la manecilla haciendo contacto y provocando la explosión. Lo puso todo dentro de aquella bolsa de aspecto inocente.

-Vamos, despierta -le dijo a la muchacha, removiéndola. Ella se desperezó, y mostró una bonita dentadura al sonreír. Luego se puso seria.

-¿A qué hora será? -Él denegó.

-Prefiero que no sepas nada. Es más seguro así.

La cama crujió cuando ella se incorporó para sentarse. Luego lo miró con sus ojos negros y brillantes.

-Quiero que me prometas que nuestro hijo nacerá en América. Quiero ir a mi tierra, y pronto.- Él le acarició el vientre con suavidad.

Iremos muy pronto. Te lo prometo. Pero ahora, vístete. Quiero que Luci y tú salgáis enseguida.

Ella estaba en sujetador, con unas bragas diminutas. Ya se le empezaba a notar su embarazo. Él la atrajo hacia sí.

-No puedo consentir que te ocurra nada -dijo sordamente, besándola.

La chica empezó a vestirse, y luego se estuvo alisando el cabello. De pronto se volvió.

-¿De veras no te molestará tener un hijo? -Él recorrió su mejilla con el envés de la mano.

-¿Ahora sales con esas? Sabes que es todo lo contrario. Pero vamos, termina. Se pasa el tiempo sin

sentir. -Ella se echó hacia atrás, entrecerró los ojos y recitó de memoria:

“Hathor, hija de Ra, que sustentas la balanza de la noche, que llevas a cabo matanzas en el lago de fuego...”

-Otra vez el libro de los Muertos -suspiró él.- Por favor, deja eso. Me pone nervioso. -Ella lo besó en los labios.

-Perdona -dijo con un mohín.

Sintieron unos golpecitos en la trampilla y miraron hacia arriba. Vieron asomar la cabeza casi infantil de Luci. Tenía el pelo muy corto y era delgada en exceso, con el pecho liso como el de un muchacho. Llevaba un jersey negro de cuello alto y unos pantalones vaqueros que la hacían parecer aún más joven.

-¿No vais a subir? -preguntó. -La comida está hecha. Tengo un guiso de chuparse los dedos, dentro de lo que cabe. -Él se echó a reír.

-Me lo figuro, porque huele muy bien.

Él subió deprisa los peldaños de la escalera casi vertical, y a mitad de camino se volvió para ayudar a su compañera. Ella lo rechazó con un gesto.

-Vamos, no creas que soy una inútil. Los hombres creéis que sois imprescindibles.

-¿Y no lo somos? -sonrió él.- Al menos, lo somos para algunas cosas. -Ella se echó a reír.

-Para muy pocas cosas.

-Venga, a comer -insistió Luci. Sobre una mesa estaban los platos y cubiertos dispuestos, y unos botellines de cerveza. El hombre la observó un momento. Parecía mentira que un cuerpo tan frágil pudiera albergar tanta energía. Era un enlace eficiente y de toda confianza, y la encargada de conservar aquel lugar como escondite. Vigilaba siempre, y había sorteado momentos de verdadero peligro. Además, para la policía era una completa desconocida. Tres días antes los había recogido en su coche cuando llegaron a la estación; desde allí los llevó al piso franco, que estaba considerado por los vecinos como residencia de varios estudiantes fuera de toda sospecha. Ella le lanzó una peluca femenina.

-Deberías ponértela -rió.- Es una imprudencia andar con ese pelo rubio por la vida. Todas las chicas tienen que mirarte.

Él había cogido la peluca en el aire y se la devolvió.

-Pues sí que estaría discreto con esto -rió a su vez.

Los tres se sentaron a la mesa y estuvieron comiendo con apetito. La muchacha delgada cogió una manzana del frutero y, sin pelarla, empezó a morderla. Luego lo miró fijamente.

-¿Nos vas a contar los detalles? -preguntó. Él negó con la cabeza.

-No hace ninguna falta, quiero manteneros al margen. Por cierto, para otra vez a ver si renuevas la biblioteca. Durante tres días no hemos podido leer más que el libro de los Muertos, y María ya se lo sabe de memoria. Qué gustos más raros tienes. - La chica se encogió de hombros.

-Alguien lo dejó ahí. ¿Qué literatura prefieres?

-Literatura policíaca. Chandler, Hammet, algo así.- Ella se había puesto en pie y empezaba a llevarse los platos a la cocina.

-Se hará como deseas -dijo, con una graciosa reverencia.

Luego fue hacia el teléfono y marcó unos números. No contestó nadie, y colgó con un gesto de impaciencia.

-A la mierda -dijo.- Luego dirá que no me he despedido.

Cogió un bombón de una caja y lo trituró con sus dientes menudos. Le ofreció la caja a la pareja.

-Endulzáos la vida.

Nadie hubiera dicho que aquella muchacha hubiera recibido instrucción militar, y menos que fuera una excelente tiradora. Él cogió un bombón, lo lanzó al alto y lo alcanzó con la boca.

-Bien de reflejos -dijo ella.- Eso también lo hace mi perro.

Salió de la habitación y volvió al poco repeinada, con una falda hasta los pies y una blusa de algodón. Su amigo emitió un largo silbido.

-Eso es otra cosa- le dijo. Ella inició un gesto soez.

-Que te den morcilla, guapo. -La amiga se echó a reír. Eran ambas tan diferentes, y, sin embargo, parecían complementarse. Las dos muchachas no tendrían dificultad para cruzar la frontera en automóvil, pensó él. María era casi una niña, y de pronto le pareció que había sido una gran imprudencia permitir que

lo acompañara.

-Debes ponerte una chaqueta -indicó, -Puede hacer frío por la noche. -Luci asintió.

-Yo le prestaré una. A mí me está grande. Por cierto, nos llevaremos algunos bombones. Ésta tiene que comer por dos.

-Quiero que os alejéis cuanto antes, ¿entendido? Nos encontraremos al otro lado. Os hospedaréis donde la última vez, y no tenéis que preocuparos por mí. Es posible que tarde algún día en llegar, depende de cómo se pongan las cosas. Pero vosotras no tenéis que deteneros por nada.- Luci asintió.

-A la orden -dijo con sorna.- Usted manda. Ahora comienza la fiesta.

-Tened cuidado con la carretera -dijo él. -Estará peligrosa.

De pronto le pareció que María estaba preocupada y tensa, y aquello no le gustó. Luci había sacado una pistola de un cajón y la guardó en un bolsillo de la falda.

-Ten cuidado con eso. No es ningún juguete -dijo él. -Ella se volvió en redondo.

-Ya sé que no es ningún juguete, ¿Qué te crees? Siempre el paternalismo machista. ¿Cuándo os vais a convencer de que podemos caminar sin andaderas?

-Perdona -rectificó él, besándola en la mejilla.

-Descuida, la cuidaré como a la niña de mis ojos. A ella y al crío, claro está. Desde luego, se te ocurren unas cosas... Estarían mejor a mil leguas de aquí. -Él pareció acusar el golpe, mientras su compañera permanecía silenciosa.

-Tienes razón, no debí ceder. En fin, ya no tiene remedio. No perdamos la calma, todo irá bien.

-Seguro -dijo ella.

Las abrazó a las dos, y su compañera lo miró con gravedad.

-Cuídate tú -le dijo, y se besaron apasionadamente.

Llevaban por todo equipaje una mochila y un pequeño maletín. Él las acompañó hasta el automóvil, que estaba aparcado varias calles más allá.

-No os detengáis por nada -insistió él. -Pase lo que pase, seguid adelante.

-Te pegaré una patada en el culo si sigues dándonos consejos -dijo Luci.- Descuida, que no nos cogerán. Espero que cuando nazca el niño haremos un bautizo en toda regla. -Él rió forzosamente.

-Seguro. Brindaremos con una bañera de champán.

Alzó la mano para despedirse y volvió a la casa. Sobre la mesa quedaban algunos alimentos y los estuvo recogiendo. Se puso un jersey rojo. Luego tomó la bolsa de deporte y salió a la calle, miró a ambos lados y empezó a caminar deprisa por la acera; llegó a la parada del autobús y cogió el primero que pasaba, sin preguntarse en qué dirección lo llevaría. Era lo mismo, tenía mucho tiempo y debía alejarse de allí.

Iban a ser las siete menos veinte cuando, desde una esquina, observó la entrada de la cafetería; caía una fina lluvia, entró en una cabina telefónica y dejó la bolsa en el suelo para hacer una llamada. Tenía el pulso tranquilo y la mirada fría, y aguardó unos segundos, hasta que al otro lado le contestó una voz masculina. Él le dio un mensaje y escuchó; la voz del otro mostró incredulidad.

-Pero, ¿Qué dice?

-Lo que oye, amigo. No digan que no les he advertido.

Apoyó la bolsa en la repisa y accionó el percutor. Una extraña fuerza lo empujaba. Miró su reloj de pulsera y vio que todavía faltaban cuatro minutos para las siete menos cuarto. Luego se aproximó a la cafetería. Todas las luces estaban encendidas; grupos de personas entraban, mientras que otras abandonaban el local. Se fijó en el escaparate, donde había bandejas con pasteles y bollería.

-Vamos, ya -pronunció en voz alta.

Las puertas de cristal bascularon; dio un vistazo rápido al salón que había visitado la víspera, y a las escaleras del fondo, y se dirigió a ellas, bajando deprisa los escalones. Dejó a un lado la barra del bar y se dirigió a los servicios; al pasar, vio a una hermosa mujer sentada a una mesa frente a un hombre joven, con barba.

-Lo siento -dijo sinceramente para sí, y siguió adelante. No pudo evitar una sonrisa, al pensar que unos minutos antes había llamado a la cafetería, dando la alarma. Estaba seguro de que nadie prestaría atención; en todo caso, la policía no tendría tiempo de llegar. Entró en los servicios y dejó la bolsa pegada al tabique, saliendo después.

Notaba las venas de su frente latir desaforadamente. Sin mirar a los lados se dirigió con rapidez a la

escalera, subió los peldaños silbando entre dientes y al salir del local suspiró, aliviado. Sentía la lluvia golpeando con más fuerza en su cara, y saltó un charco con agilidad. Había mucho tráfico, y estuvo a punto de que lo atropellara un automóvil. Sin querer, se halló recordando un párrafo del libro de los Muertos:

“Fajaron sus brazos y sus manos, y el cuchillo cortó sus coyunturas...”

SÁBADO POR LA MAÑANA.

PRIMERA PARTE

APENAS UN TÍMIDO SOL alumbraba con un resplandor rosado las fachadas más altas; abajo, entre hileras de árboles, rodaban ya numerosos vehículos. El barrio residencial se despertaba tras una noche lluviosa, y todavía el cielo estaba surcado de nubes. No había apenas contaminación en este lugar, porque sus calles eran amplias y poco transitadas. Los edificios eran lujosos y unifamiliares, y ante ellos se extendían zonas ajardinadas. Había unos pocos vehículos detenidos ante las aceras, pero la mayoría estaban encerrados en sus garajes. Sombras azules y alargadas estiraban sobre el asfalto la silueta de los árboles; las ramas se agitaban, enmedio de un olor a tierra mojada.

Una verja se abrió, y el jardinero saludó con una inclinación de cabeza al caballero que salía.

-Buenos días- le dijo.- Parece que hoy seguirá lloviendo, han anunciado nubes y claros. -Él asintió.

-Ya lo he oído esta mañana -dijo.

El auto subió la cuesta velozmente, giró y se dirigió hacia el centro. Los bancos estaban todavía cerrados.

-Tendré que aguardar -dijo el hombre en voz alta. Tenía ojeras y parecía no haber dormido. Estuvo tratando de poner orden en sus ideas, pero no lo consiguió. Aquello era el final: tantos años de lucha, y ahora veía su obra destrozada.

-He sido un imbécil -se dijo.

Sacó una cajetilla de la guantera y extrajo un cigarrillo que encendió nerviosamente. Luego, su vida fue pasando ante él como en una vieja película muda. Se había quedado viudo de su primera esposa; se volvió a casar con una mujer joven, y ahora, por circunstancias ajenas a él, su empresa se veía arrastrado a la catástrofe. Ella parecía ajena a todo: viajaba, gastaba sin medida, entraba y salía, todo sin tener en cuenta su mala situación financiera.

-En fin, yo me lo he buscado -suspiró. -No puedo quejarme.

En el despacho, los minutos se le convirtieron en horas. Estuvo revisando papeles y tratando de hallar una solución; había terminado la cajetilla, y cada vez se sentía peor. Curiosamente, se sorprendió pensando en sus empleados: algunos llevaban en la empresa casi tanto tiempo como él, y siempre le habían sido fieles. Daba de comer a mucha gente, y eso le hacía sentirse menos culpable por su propio tren de vida.

Últimamente, la crisis del petróleo había afectado a todas las empresas, sobre todo a las medianas como la suya. Tenía una cadena de tiendas de alta confección de señora, y en especial la industria del lujo se había visto dañada con más severidad.

-Toda una vida luchando, para esto- pensó. -Y sin ayuda de nadie.

Sus comienzos fueron difíciles, ciertamente; pero eran otros tiempos y él era joven y decidido. En realidad, detrás de su éxito había una buena organización y mucho trabajo. Sus ideas siempre fueron osadas: quizá se había expuesto demasiado, se dijo. Luego miró el reloj. Eran las cuatro, y no había almorzado

todavía. Se pasó la mano por la frente y fue a descolgar el teléfono; luego lo pensó mejor y desistió de la idea.

-No tengo que inquietarla, al menos por ahora -musitó.

Por el teléfono interior llamó a su secretaria. Tiró la cajetilla vacía a la papelera, y de un cajón sacó una pitillera de oro, de donde extrajo un nuevo cigarrillo. Cuando lo encendió, ya la secretaria estaba ante él con unas cuartillas en la mano. Él observó su aspecto desolado.

-¿Qué quería ese hombre? -le preguntó. Ella bajó la mirada.

-Dice que tendrán que hacer una inspección. Simple rutina, según él, pero en realidad... -Él la interrumpió.

-No se preocupe, todo se arreglará. Tenemos cosas más serias en qué pensar. -El rostro de la mujer expresó tristeza.

-Usted no se merece esto- dijo sinceramente. Él la miró, y se sintió agradecido.

-Empezaremos de nuevo y recuperaremos lo perdido -dijo con convicción.- Todavía tenemos fuerzas para rehacernos.

La mujer sentía veneración por él y lo trataba con un afecto casi maternal. Era la más antigua de la empresa, y desde siempre fue su secretaria de más confianza. Había tenido otra mucho más joven y guapa, y al final se había casado con ella. No pudo menos que estremecerse.

-No hay que considerarse vencido -insistió, y sus propias palabras parecieron infundirle un ánimo que necesitaba mucho. La mujer suspiró.

-Los tiempos son malos para todos. -Él se levantó del asiento.

-Es tarde, y no ha almorzado todavía -dijo. -Vamos, váyase. Ella lo observó con gravedad.

-Tampoco usted ha almorzado.

-Es cierto. Puede irse, no la necesitaré hasta mañana. -Ella sostuvo su mirada.

-Muchas gracias -le dijo.

Él se entretuvo todavía ordenando unos documentos que guardó en la caja fuerte. Miró por la ventana y distinguió un cielo velado por las nubes. Se quedó un momento pensativo y luego decidió marcharse a casa.

-Mañana será otro día -murmuró.

Salió al vestíbulo, donde una muchacha pecosa se adelantó a su encuentro. Llevaba una carpeta bajo el brazo.

-¿Podría mirar esto? -preguntó. Él se detuvo en seco.

-Santo Dios, ¿todavía está aquí? Vaya a almorzar, pero antes pida mi coche, ¿de acuerdo?

Fuera había empezado a llover; abrió la ventanilla y sintió el frescor reconfortante de la lluvia en la cara. Dejó atrás el centro y entró en la urbanización, entre un bosquecillo de chopos. Todos los días hacía el mismo recorrido, pero hoy todo le parecía distinto.

-Veremos cómo acaba esto. En fin, podría ser peor.

Abrió la verja con el mando a distancia y el coche tomó el camino de gravilla, que chirrió bajo las ruedas, hasta una plazoleta ante la casa. Los macizos de rosas estaban todavía florecidos; habían vaciado la piscina y el jardinero fregaba el gresite del fondo con un cepillo de raíces. Luego, con el mando, él accionó la gran puerta abatible. Solía haber cuatro coches en el garaje y dos eran de ella. Hoy faltaba uno.

-Ha salido -se dijo, contrariado.

Arriba lo recibió la doncella, que lo observó con curiosidad. Le dijo que la señora no estaba en casa, y que no volvería hasta la noche.

-No me había dicho que saldría -dijo él, disimulando su disgusto.

Entró en su habitación y dio un vistazo al espejo: sólo entonces se percató de que no se había afeitado por la mañana. Se pasó la mano por el mentón y movió la cabeza.

-Estoy degenerando -pronunció con amargura.

No tenía ninguna gana de comer, y hasta sentía náuseas. En el aseo se afeitó cuidadosamente, como si con aquella simple actividad pudiera superar las torvas ideas que lo acosaban. Dejó la maquinilla en la repisa, y al hacerlo volcó un frasco de loción que se estrelló contra el pavimento, haciéndose añicos. Él soltó un juramento.

-Qué torpeza -gruñó.

Dirigió una mirada al espejo que había sobre el lavabo: observó las profundas arrugas que surcaban su frente, y su cabello que, habiendo sido oscuro, se estaba volviendo gris. Luego entró en el dormitorio

gemelo que ocupaba su esposa. Había prendas esparcidas sobre los asientos, que la doncella no había retirado aún, y permanecían abiertas las puertas de un armario de luna que ocupaban todo un panel de la pared.

Miró alrededor: sobre una banqueta había un salto de cama de satén con el cuello de armiño, y en el tocador envases abiertos con distintos cosméticos. No podía decirse que su esposa fuera una mujer ordenada, pensó.

Sobre una mesa baja, al lado de una bandeja con los restos del desayuno había una baraja francesa, un encendedor de oro y coral y un paquete de cigarrillos. Maquinalmente, extrajo uno y lo encendió. Luego se aproximó al ropero, acarició aquellas pieles suntuosas y experimentó un sentimiento de ternura. El espejo múltiple le devolvió su imagen abrumada, mientras sentía bajo los dedos la suavidad del visón. Se dio la vuelta, y vio algunas joyas esparcidas sobre la cama.

-No debería dejar esto así -pensó.- Es una tentación para la doncella.

Encima de la cómoda estaba su retrato de boda: ahora se daba cuenta de que la diferencia de edad entre ambos resultaba evidente. Abrió el cajón superior, halló en el fondo un joyero dorado y vio que faltaba la hermosa pulsera de diamantes que él le había regalado. Sacó el estuche para guardar las joyas esparcidas, y entonces vio el papel. "Alguna factura", se dijo. Estaba plegado en cuatro dobleces y pensó dejarlo, pero cambió de opinión y sacó la nota. Era una carta breve, y la letra le resultó conocida.

-Vaya -dijo, con el ceño fruncido.

Se quedó frío leyendo aquellas líneas. Llevaban la fecha de la víspera y eran muy expresivas. Mencionaban un lugar y una hora, y aunque no llevaban firma, a él no le cupo duda de quién las había escrito. Las fuerzas lo abandonaron y tuvo que sentarse al borde de la cama.

-No puedo creerlo -musitó.

A la primera impresión de incredulidad sucedió un sentimiento de cólera: fue a romper el papel, pero no lo hizo, sino que volvió a plegarlo y lo dejó en el sitio donde lo había encontrado. Se mordió los labios hasta hacerlos sangrar.

-Hijo de perra -masculló. De pronto se sintió un pobre hombre frustrado y engañado. Había olvidado todos sus problemas financieros, y sólo pensaba en una cosa: era aquella, sin duda, una carta de amor y, además, contenía una cita. Algo en su interior reaccionó con violencia.

-Nunca me ha querido -gimió. Miró de nuevo las prendas colgadas en el armario, y al anterior sentimiento de ternura sucedió otro de despecho. Hubiera deseado abofetearla.

-Soy un imbécil -dijo, sollozando.- Un imbécil, y además un cabrón.

A las cinco de la tarde una mujer abandonó su automóvil y se dispuso a entrar en un suntuoso edificio. Tomó un ascensor que era una pieza de museo, y que al llegar a la segunda planta se detuvo con suavidad. Ella llamó a la puerta que ostentaba el rótulo de un conocido gimnasio y al instante acudió una muchacha joven, embutida en un uniforme impecable.

-Viene muy tarde hoy- sonrió. ¿Va a hacerse la cara?

-No tengo tiempo -dijo ella. -Tan sólo tomaré la sauna. Quería también reservar hora para el masaje.

-Como usted quiera -dijo la chica.

Ella se fue directamente a una cabina y se cambió el vestido de lana por una malla de gimnasia. Al encaminarse al salón se miró en los altos espejos rosados, que le devolvieron su esbelta figura. No había cumplido treinta años y tenía veinte menos que su esposo. Por si fuera poco, últimamente apenas lo veía, y cuando coincidían era peor, porque estaba demasiado abrumado con sus problemas.

En realidad, no podía quejarse: la había colmado de lujos y satisfacía todos sus caprichos. No habían tenido hijos, ni él los tenía de su primera mujer; en el fondo, pensó, él no quería a estas alturas complicarse la vida. Tampoco ella quiso correr riesgos: le habían ligado las trompas en una clínica suiza, y la operación fue todo un éxito.

El salón estaba desierto; usó los distintos aparatos de masaje y pedaleó durante unos minutos. Más tarde se aplicó la cinta vibradora a las caderas y a la planta de los pies, mientras pensaba en el último regalo que su marido le había hecho. No se podía negar que era espléndido.

Se notaba ligera, tanto en lo físico como en lo mental. Mantuvo los ojos cerrados, y la suave música

ambiental terminó de relajarla. Permaneció así varios minutos, perdiendo la noción del tiempo; luego, la voz de la monitora la sacó de su abstracción.

-Si va a tomar la sauna, tenga la bondad de pasar: hoy es sábado y cerramos antes.

Cuando abrió la puertecilla de madera, una bocanada de aire ardiente y húmedo se escapó del pequeño recinto. Subió al banco, sujetó ambas rodillas con las manos y dejó caer la toalla, que resbaló junto a su cuerpo desnudo. Permaneció inmóvil, dejando vagar sus pensamientos mientras aspiraba la humedad perfumada con esencia de pino.

Pensó de nuevo en su marido. Habían transcurrido tres años desde que se casaron, y últimamente él estaba muy avejentado. No sintió ningún remordimiento por estarlo engañando.

Solía ir a merendar los sábados con un grupo de amigas, pero hoy estaba citada con el hombre que quería. Aspiró fuertemente el aroma, y poco a poco empezó a brotarle el sudor.

-Tengo que darme prisa -pronunció a media voz. Como si la hubiera oído, entró la monitora dejando la puerta entornada.

-Ah, perdone, creí que no había nadie. Iba a desconectar las resistencias.

-No importa, iba a salir ya -dijo ella.

Saltó del banco, se envolvió en la toalla y salió al exterior. Las duchas estaban vacías. Entró en la más cercana, y se estuvo enjabonando con el agua fría. Bajo el chorro helado sintió una gran sensación de ligereza. Después de frotarse fuertemente con la toalla, recuperó el reloj que había apoyado en la jabonera y se dispuso a vestirse. Antes, volvió a mirarse desnuda en los grandes espejos.

Él se había cambiado de ropa y vestía un traje gris de corte impecable. Trataba de poner sus ideas en orden, y pensó que en todo aquello se había producido algún equívoco. Quizá su esposa hubiera acudido a la modista, o estaría merendando con las amigas. Utilizó el teléfono portátil y le contestó una voz femenina. Él preguntó por su mujer.

-Siglos que no la veo -dijo la amiga con una risita. -Se vende muy cara de un tiempo a esta parte.

-¿Sabes dónde puedo localizarla? Es algo importante.

-No tengo ni idea. Creí que habíais salido juntos el fin de semana.

-Ella no ha querido. No hacía buen tiempo, y además yo tenía trabajo.

Pues no lo sé. A veces merendamos juntas, pero hace varias semanas que no nos vemos.- Él carraspeó.

-¿Podría estar en el gimnasio? -La mujer dudó un momento.

-Es posible. Pero los sábados, el gimnasio lo cierran a las seis.

-Bien, gracias. Te pido disculpas.

-Siento no haber podido serte útil.

-Gracias de todos modos. Adiós.

Salió al vestíbulo con pasos vacilantes, y casi se tropezó con la doncella. Ella pareció sobresaltarse, y él la miró con el ceño fruncido.

-¿Dónde está la señora? -Ella pareció extrañada.

-Creo que... en... la peluquería, señor. Él habló con voz helada.

-Hoy es sábado. Si no me equivoco, las peluquerías cierran el sábado por la tarde. ¿O no? -La muchacha se mordió los labios.

-Estará en el peletero -dijo, encogiéndose de hombros. Él hubiera podido taladrarla con la mirada.

-¿Ha recibido alguna carta recientemente? -insistió. Ella vaciló antes de contestar.

-No, que yo sepa -dijo, sin mucho convencimiento. Él apretó los puños.

-¿Ha recibido alguna carta? Me refiero a alguna carta personal. -Ella contestó con aire agresivo.

-No acostumbro a curiosear la correspondencia de los señores- dijo.

Él suspiró, resignado. Fue hacia el perchero y recogió su paraguas. Al salir de la casa cerró de un portazo. La chica se sobresaltó.

-Este se huele algo -pensó, moviendo la cabeza.

Caminó un trecho bajo la lluvia, sin abrir el paraguas, haciendo chirriar la gravilla bajo sus lustrados zapatos. Al llegar a la carretera tomó un taxi y dio unas señas al conductor. Le dolían las sienes y tenía la

espalda envarada. Entre una riada de vehículos llegaron al centro; él consultó su reloj de pulsera que marcaba las siete menos veinticinco minutos. El taxi se detuvo en una esquina, él pagó al conductor y se apeó del coche: le temblaban las manos mientras aguardaba para cruzar hacia el lugar temido, mientras un tufo a gasoil le inundaba los pulmones.

Necesitaba recobrar la serenidad: ni siquiera sabía si la encontraría allí, sola o acompañada, pero sí que sentía unos terribles celos. Hubiera matado por ella, de eso estaba seguro.

Arreciaba la lluvia y abrió el paraguas. Llegó hasta la cafetería y observó el interior donde el humo de los cigarrillos formaba volutas sobre las cabezas. Se sorprendió preguntándose de manera infantil qué ropa llevaría su esposa, y volvió a pensar en la pulsera. Estaba distraído, y colisionó con una señora de edad.

-Perdone -dijo. Ella lo observó un momento, como si le resultara conocido.

-No es nada. No tiene importancia.

Toda su excitación anterior se había convertido en una tensa calma, aún más peligrosa. Pensó en alejarse de allí, y ahora casi tropezó con su socio. El otro no pudo disimular su sorpresa.

-Vaya, no sabía que vinieras por aquí.- Él se expresó con frialdad.

-En cambio, hace días que no te vemos por el despacho. Espero que me des una explicación.

El hombre carraspeó. A la luz de los tubos de neón, su rostro había adquirido un tono escarlata.

-No... no me encontraba bien. Bue... bueno, tengo que irme. Disculpa.

Era un hombre de cuarenta años, que aparentaba menos y ejercía una especie de magnetismo entre sus amistades femeninas. Los amigos comentaban sus conquistas y las facturas de su sastrería. Trató de escabullirse, pero el otro lo sujetó fuertemente del brazo.

-No tengas tanta prisa. Podemos entrar, tomamos un café y charlamos un rato. -Él intentó soltarse.

-Vamos a otro lado, no me gusta este sitio. Hay demasiada gente. -El otro insistió:

-Este sitio es tan bueno como otro cualquiera. ¿Es que no quieres encontrarte con alguien? -Él se sobresaltó.

-¿A qué te refieres?

-A lo mejor no quieres que nos vea juntos mi mujer.

-¿Tu mujer? ¿A qué viene eso?

Por fin se zafó de un tirón. Insistió en que debía marcharse y giró en redondo, perdiéndose entre la gente que caminaba por la acera. Él se llevó la mano a la frente.

-Dios. No puedo creerlo.

Aspiró hondo, y decidió entrar. La llevaría a casa, y allí podrían hablar. Tal vez hubiera una explicación lógica, tal vez se trataba de un error.

En el momento en que traspasaba el umbral sintió un terrible estallido, como si algo muy potente hubiera hecho explosión. Pensó en una bombona de gas, pero notó enseguida un fuerte olor a pólvora. Al mismo tiempo, una avalancha de personas de distintos sexos y edades se abalanzó hacia la salida. Un policía, que estaba cerca, trató de calmarlos.

-Vamos, uno a uno. No se atropellen.

Él se abrió paso a codazos y corrió hacia el interior; las luces se habían apagado y se encendieron de nuevo, mientras los gritos y gemidos formaban una lúgubre algarabía. Se quedó indeciso junto a la escalera, sin saber si seguir adelante o bajar.

-Vamos, dejen paso -dijo un camarero, que subía.

Vio que llevaba la chaqueta blanca manchada de sangre. Entonces bajó los peldaños deprisa; era tal la cantidad de escombros que se habían desprendido, que tuvo dificultad para saltar por encima. De abajo llegaba el olor a pólvora y a humo.

Los paneles de madera se habían desgajado; una gran vidriera de colores estaba destrozada, y los fragmentos brillaban, esparcidos. Por todas partes había trozos de escayola desprendidos del techo, las mesas estaban volcadas y las sillas lanzadas a distancia.

El aire era picante y oscuro. Entre los escombros quedaban los manteles llenos de polvo, y debajo se movían algunas personas, mientras que otras yacían inmóviles y retorcidas, algunas semidesnudas. Estuvo buscando desesperadamente a su esposa, pero no la vio.

Trató de evitar los objetos desperdigados; llegó hasta unos hombres que trataban de levantar unos escombros haciendo palanca con una barra de hierro y estuvo ayudándolos. De pronto la vio.

-Oh, no.

Trató de convencerse de que no era ella, pero reconoció el estampado del vestido y un brazo ensangrentado que llevaba puesta una pulsera de brillantes. Luego, bajo un gran trozo de escayola, reconoció su melena castaña. Sintió que su rencor se había desvanecido, y no experimentaba más que un dolor desesperado. Se arrodilló junto al cuerpo, retiró los escombros y vio el rostro oscurecido por el humo. Sus ojos estaban abiertos en un gesto de terror. Apoyó la cabeza en su pecho y escuchó un momento: su corazón no latía.

TODAVÍA SENTÍA EN EL CUERPO el traqueteo del viaje; acababa de llegar del pueblo con su esposa y su hija, y le indicó al taxista la dirección de una clínica conocida.

-Deprisa, por favor, o llegaremos tarde.

Por el camino fue recordando lo ocurrido, desde un principio. Su mujer había tardado en quedarse embarazada, tanto que ya desesperaban de poder tener familia. Luego fue la sorpresa, y ni ella misma se lo creía, hasta que sintió a la criatura moverse en su vientre.

Era su única hija, y allí estaba ahora. Cuando nació no era grande, pero estaba sana; fue bonita siempre, con unos grandes ojos castaños y el cabello rizado.

No había cumplido tres años cuando empezaron aquellas fiebres intermitentes; al mismo tiempo la pequeña adelgazaba, se enflaquecían sus brazos y sus piernecillas, y el color sonrosado se volvió parecido al de la cera.

Luego, ya no fue una niña como las demás: no jugaba con los otros pequeños y lloraba continuamente. Algunos médicos la habían desahuciado: por eso, se dirigían ahora a un centro especializado en hematología, que era su última esperanza.

Un arco de triunfo, gris y macizo, coronado de angelotes y escudos de piedra, llamó su atención. Poco después, el coche se detuvo suavemente.

-Es ahí -señaló el taxista.- Que tengan suerte.

El doctor no pasaba consulta los sábados, pero había hecho una excepción con ellos. La madre creyó necesario sincerarse.

-La han visto muchos médicos -confesó.- Le han hecho muchas pruebas, pero nadie da con lo que tiene. Por eso nos han aconsejado que se la traigamos a usted.

El médico era un hombre de edad, casi un anciano, con el pelo blanco cortado a cepillo y una expresión bondadosa en los ojos agudos. Cuando se levantó, vieron que era muy alto; alcanzó una pequeña muñeca que había sobre una mesa baja y se la tendió a la pequeña. Ella apenas la miró.

-Es muy bonita, mira -dijo la madre con angustia, pero la niña no hizo ademán de cogerla. Al contrario, cerró los ojos y se escondió en su regazo.

-Vamos, señorita -dijo el doctor.- Veamos qué le ocurre

Se acercó a la pequeña, que empezó a llorar desconsoladamente.

-Siente terror ante cualquier persona que lleve bata blanca -la disculpó su padre.- La han pinchado y hecho daño tantas veces que está recelosa.

El médico permaneció en silencio, hojeando los informes de sus compañeros y la carta de recomendación. Tardó unos minutos en repararlo todo, con el ceño fruncido.

-¿Cuántos años tiene? -preguntó sin mirarlos. Ambos contestaron a la vez:

-Tiene cuatro.

-¿Y desde cuándo está enferma?

Los dos trataron de recordar. La madre no podía estar segura, aunque lo sabía con alguna aproximación. Fue el marido quien contestó.

-Hará unos trece meses. Fue la primera vez que un médico la reconoció. Atribuyeron las fiebres a una infección y le recetaron antibióticos. Pero la fiebre persistía. Desde entonces empezó a adelgazar, y va de mal en peor. Ahora vomita todo lo que come. -El doctor frunció los labios.

-Está bien. Ahora voy a reconocerla. Para ello, vamos a llevarla al quirófano. ¿Ha comido algo últimamente?

La madre dijo que no. Él tocó un timbre y acudió una enfermera.

-Prepárela -dijo. -Quizá tenga que punzarle el bazo, y quiero evitar un posible desgarro. Hay que anestesiarla.

Ella la cogió en brazos, mientras la niña se debatía llorando.

-Vamos, tontina -dijo la enfermera.- El doctor es muy bueno y no te hará daño.- Luego, dirigiéndose a los padres: No se preocupen, no hay ningún peligro. Esto lo hacemos varias veces todos los días.

La madre estaba desolada. Recordó a la pequeña cuando estaba en su cuna, sana y alegre, junto a un gran oso de peluche con ojos de cristal, del que no conseguían separarla. Luego fueron días y noches sentada junto a ella, con la pequeña mano entre las suyas, o tocando la frente sudorosa que ardía con la fiebre. Muchas veces la luz de la mañana la había sorprendido de rodillas, rezando. Ahora lloraba silenciosamente, y su marido le secó las lágrimas con el pañuelo.

-Ánimo -le dijo.- No te vas a rendir ahora.

Aguardaron un rato, hasta que la puerta se abrió y apareció la enfermera.

-Pueden entrar -les dijo, sonriendo. -El doctor ya ha terminado.

El médico salió. La niña dormía con su carita pálida, con las manos cerradas sobre el camisón. Había un fuerte olor a anestesia. La enfermera le tomó el pulso, dio una palmada en la pequeña mano y se volvió a los padres que aguardaban, ansiosos.

-Es toda suya -les dijo.- Pueden vestirla.

El cuerpecillo estaba flácido y era muy ligero, y el padre lo alzó sin trabajo, lo sacó fuera y lo depositó sobre un sofá. A los pocos minutos la pequeña empezó a quejarse, emitiendo débiles gemidos. Abrió los ojos despacio, como si los párpados le pesaran demasiado, y miró aturdida alrededor. La madre le estuvo poniendo sus ropas y le temblaban las manos mientras le abrochaba los botones. El médico se había quitado la bata.

-Pasen a mi despacho -indicó. El padre lo miró con expresión preocupada.

-¿Es grave, doctor? -El médico movió la cabeza.

-Todavía no puedo decirles nada definitivo, ni darles demasiadas esperanzas, hasta que no tenga el resultado de las pruebas. La niña está muy débil y sus defensas están bajas, pero... nadie puede ser adivino. -El hombre insistió.

-Quiero que me diga la verdad. La que sea.

-Hay una esperanza remota -dijo él. -Remota, pero existe. La niña ha podido contraer una enfermedad tropical con síntomas parecidos a los de la leucemia, y en ese caso el tratamiento sería fácil.

Ante la mirada de extrañeza de la madre, él fue más explícito.

Se trata de una enfermedad producida por un parásito. No es muy común, pero se da en algunos niños, por el contacto con un perro afectado por el mal. Es una pulga o un mosquito quien establece el contagio. El parásito se fija en el bazo y en la médula de los huesos, bloqueando la producción de glóbulos rojos y acabando con el enfermo si no se ponen los medios.- Como la madre se alarmaba, él se apresuró a tranquilizarla.

-Basta con una docena de inyecciones para acabar con el parásito. Eso, si resulta ser lo que sospecho. Si no...

Ella lo miró ansiosamente.

-Si no, señora, yo no puedo hacer nada. Pero hay que esperar. De todas formas, debe estar tranquila: los pequeños son muy sensibles y captan la preocupación de sus padres. En una semana tendremos los resultados, y se los enviaré a mi colega.

Los acompañó hasta el vestíbulo, los despidió y cerró la puerta. La niña iba adormilada todavía, y cogieron un taxi.

-Podemos ir a tomar algo -dijo ella.- La niña no ha comido nada. -Él asintió, y luego se dirigió al chófer:

-Llévenos a una buena cafetería. Elija usted, nosotros no somos de aquí.

Entraron en la riada de automóviles, deteniéndose ante los semáforos, mientras una fina lluvia humedecía los cristales. La pequeña se había despertado; por un momento sonrió, apoyando la cabeza en el pecho de la madre. Luego la miró con unos grandes ojos bordeados de espesas pestañas.

-Tengo hambre -dijo con una fina vocecilla.

Muchos peatones caminaban a lo largo de las aceras; los bancos estaban cerrados, pero los establecimientos comerciales brillaban como ascuas, mostrando sus productos en los escaparates. La niña señaló algo a través de la ventanilla.

-Mira qué bonito.

Una fuente ocupaba el centro de la plaza, y en ella una diosa, bella y segura sobre un carro de piedra, envuelta en finos pliegues, guiaba a dos grandes leones de caras mansas y melenas encrespadas. Tras la figura femenina, dos angelotes vertían agua desde sus ánforas de piedra. Crecían líquenes en los flancos de los animales, y se extendían por la base hasta la superficie verdosa donde se desplomaban los surtidores. La madre la besó.

-Sí que es muy bonito- le dijo. -Y tú eres más bonita todavía. La niña más bonita del mundo.

Sintió que la pequeña se abandonaba en su regazo. Tenía ganas de volver al pueblo porque allí en su casa, al menos, se sentía a salvo. La mareaban los altos edificios, y aquellos grandes autobuses vomitando humo. Se detuvieron en una calle céntrica, frente al rótulo encendido de una cafetería.

-Esta creo que les gustará -indicó el taxista.

Seguía lloviendo. Antes de entrar, él compró un diario en un quiosco próximo y lo guardó doblado bajo el brazo. La puerta se abrió y dejaron en el suelo a la pequeña, que caminó con pasos todavía vacilantes. La madre la cogió de la mano.

-Todas las mesas están ocupadas -observó. Un camarero se les había aproximado.

-Abajo tienen sitio- dijo, señalando las escaleras.

Bajaron los peldaños enmoquetados y al fondo vieron una mesa libre. A la niña parecía gustarle el local, con sus vitrinas llenas de frutas y pasteles. Un camarero con el pelo planchado los ayudó a situarse.

-Yo no quiero más que un café con leche -dijo la mujer. -Y traiga un flan de huevo para la niña, por favor. -Él pidió un café solo, muy cargado.

-Enseguida -se inclinó el camarero.

No tardó en regresar, con el servicio en una bandeja. Dejó los cafés sobre la mesa, y ante la niña colocó un plato con el flan, dorado y brillante.

-¿Desean algo más? -interrogó. El hombre movió la cabeza.

-De momento no, gracias. Ah, sí, haga el favor de cobrar.

Ella tomó a la niña sobre las rodillas y le estuvo dando el flan a pequeñas porciones; sentía el peso leve, y las piernecillas que se agitaban rítmicamente. De cuando en cuando, dejaba la cucharilla en el plato, como si con la prisa temiera provocar la náusea de la niña. Pero ella lo paladeaba con gusto.

-Está muy rico -dijo, y el padre suspiró, aliviado.

-Al menos, parece que tolera esto -dijo sin mucha seguridad. Igual había sucedido otras veces, hasta que el pequeño estómago rechazaba el alimento. La mujer suspiró.

-Tocaremos madera.

Para distraer a su hija, él le estuvo dibujando en la servilleta de papel unos niños cogidos de la mano. La pequeña sonrió, y luego repentinamente tiró la servilleta al suelo.

-No me gusta -dijo. -Yo quiero un cuento.

-Te compraré un cuento cuando salgamos, el que más te guste de todos.

-Yo quiero un cuento con enanos -insistió la pequeña con tozudez.

-Tendrá muchos enanos, todos los que tú quieras. -Ella lo miró, arrugando su naricita.

-¿Y tendrá un castillo?

-Un castillo muy grande, ¿sabes, mi vida? Tan alto que sus torres llegarán a las nubes.

-Eso me gusta, papá. Vámonos ya.

-Tienes que esperar un poquito, y acabarte eso. Mamá y yo vamos a merendar.

-Yo ya no quiero comer más.

Se desprendió de los brazos, deslizándose, y saltando al suelo se sentó sobre la moqueta. La madre hizo

intención de subirla de nuevo sobre sus rodillas, pero él la atajó con un gesto.

-Déjala -indicó.

Permanecieron en silencio, tomando los cafés. De todos lados llegaban fragmentos de conversaciones, sobre todo de una mesa vecina donde tres mujeres de edad estaban merendando. Para hacerse oír, alzaban el tono de voz.

-Ella siempre llega tarde -dijo una dama madura, con el pelo sujeto en un moño.- Llegará al humo de las velas.

Un poco más allá, una mujer muy llamativa había ocupado un asiento junto a un caballero, dejando sobre la mesa un bolso de charol rojo. Llevaba puesto un vestido demasiado ceñido, y a sus vecinas no pareció gustarles su aspecto, porque intercambiaron expresivas miradas.

-Esto se está poniendo espeso- dijo una.

El padre de la niña empezó a leer los titulares del periódico. Comprobó que la pequeña estaba tranquila, metida debajo de la mesa, enfrascada en un juego con la servilleta. Los vasos y las tazas tintineaban alrededor, y el humo de los cigarrillos trazaba volutas azules. Por la escalera bajaban y subían hombres con zapatos brillantes, mujeres con tacones, chicas con faldas cortas y medias de color. Se quedó mirando a un muchacho que pasaba: era rubio y delgado y tenía aspecto de extranjero.

-Habrá que irse, tenemos que coger el tren. -La esposa suspiró.

-Aguarda un poco -dijo.- Me siento bien aquí. Además, la niña está tranquila y parece contenta. Tenemos tiempo todavía. -Él había doblado el periódico y lo guardó en el bolsillo.

-Espero que haya dejado de llover.

Una mujer salió del guardarropa, con una batea llena de paquetes de tabaco. Era alta y gruesa, con el pelo canoso y las mejillas coloreadas con un rubor artificial. Se acercó a la mesa, y él negó con la cabeza.

-No, muchas gracias. No fumo.

De nuevo vio al muchacho rubio. Apenas lo miró, pero no pudo evitar el pensar que un momento antes llevaba una bolsa en la mano derecha, que ahora agitaba un llavero de metal.

Quiso sacar a la pequeña de debajo de la mesa, pero ella se resistió. Habían terminado los cafés y las tazas estaban vacías, manchadas de una espuma amarillenta.

De pronto todo se conmovió. Su asiento salió despedido hacia atrás, y él fue a dar con la cabeza en el muro. Al mismo tiempo, un panel del tabique se desprendió de cuajo sobre la mujer y una masa de escayola y ladrillos cayó sobre la mesa. Luego, todo fue oscuridad.

EJERCÍA EL OFICIO MÁS ANTIGUO DEL MUNDO. Cuando acabó con su trabajo eran muy cerca de las ocho, y ya completamente de día.

En la calle los focos seguían encendidos, y el tráfico era numeroso. La temperatura era fresca, y el cielo estaba surcado de oscuras nubes que presagiaban lluvia.

Caminó sin prisa a lo largo de la acera, seguida por la mirada de algunos peatones. Estaba cansada, le dolían las sienes y se sentó en un banco. Desde allí veía el reloj de la estación, que marcaba las ocho en punto.

-Vaya horas para dar de mano -murmuró.

Se acercó al quiosco de prensa y estuvo curioseando las portadas, hasta que en una revista vio algo que llamó su atención. Después de pagarla la guardó en el bolso.

-Que descanses -le dijo el vendedor con una sonrisa. -Te lo has ganado.

-Que te den por el culo- dijo ella.

Bostezó, pensando en el último cliente, al que había tenido que dar de patadas en sus partes, hasta que rugió de dolor y placer. A ella le daba lo mismo, con tal que la trataran con miramiento. A otros les gustaba vestirse de las cosas más raras y ponerse zapatos de mujer, o pagaban sólo por que les diera masajes en la espalda hasta quedarse dormidos. Casi todos eran viejos, y algunos fijos, como aquel hombre de la barbita

blanca que iba dos veces todas las semanas.

-Son unos desgraciados -suspiró.- Todavía les tengo lástima.

Pero ahora había salido del tajo, y quería olvidar todo aquello. Bajó la rampa y se encaminó hacia la estación. Le gustaba pasear por los andenes, quizá con eso se le pasara el dolor de cabeza. Abrió el bolso, lo registró y se encogió de hombros.

-Se han acabado las aspirinas. Y las farmacias están cerradas.

Pensó que últimamente las noches se habían vuelto peligrosas en la ciudad: a la vuelta de cualquier esquina podían dejarte sin blanca y hasta en cueros, y desfigurarte la cara para siempre. Cuando ella empezó era distinto, había más seguridad. Pero hoy, todos los criminales andaban sueltos.

-De todo tiene la culpa la dichosa droga -se dijo.

Ella no pensaba caer en eso, lo tenía claro. Muchas de sus compañeras ya estaban en el hospital, y algunas en el cementerio. Ella tenía que cuidarse.

-Pues sólo me faltaba eso.

Había viajeros que entraban y salían con sus equipajes; ante las ventanillas, varias personas aguardaban con aspecto adormecido. Un hombre le hizo una seña inequívoca.

-La tienda está cerrada -dijo ella, con un gesto soez.- Vuelva a la noche.

Le hizo gracia pensar que la buscaban los hombres mayores, porque decían que con ella se sentían rejuvenecer. Desde la marquesina, dos ojos la miraron como si quisieran desnudarla; más allá, dos tipos que estaban conversando dejaron de hablar, y uno de ellos emitió un largo silbido.

-¿Estás dispuesta, guapa?

Ella ni siquiera contestó, estaba demasiado cansada. Una mujer le dio la espalda, y un muchacho la rozó al pasar. Para ella no había jóvenes ni viejos, guapos ni feos: todos eran iguales mientras respetaran su trabajo, y usaran lo que había que usar. No estaban los tiempos para bromas.

-Te coges cualquier cosa, y derecha al hospital.

Entró en el bar, y tuvo la suerte de hallar un asiento vacío. Abrió la revista y empezó a hojearla, y cuando más distraída estaba, notó en su pierna la proximidad de una rodilla masculina.

-Mierda -dijo entre dientes. El barman le había dado una aspirina; la metió en la boca y bebió de un trago el café, que le abrasó la lengua y la garganta. Saltó del asiento y dio un vistazo al hombre, que estaba comiéndose unos churros. Estaba muy grueso y tenía una papada temblona y un vientre que le caía sobre el pantalón.

-A ver si haces gimnasia -le dijo con una risotada.

Al salir, tropezó con un ciego que vendía el cupón. Le puso en la mano un billete y ella misma lo cortó de la tira. El hombre la había reconocido y sonrió.

-Ya te echaba de menos. -Ella lo pellizcó en la mejilla.

-Suerte, guapo. Que lo vendas pronto -le deseó.

Subió la rampa y se halló de nuevo en la glorieta. Se detuvo un momento, observando el cambiante color de los semáforos. Luego pensó que era preferible tomar un taxi, y lo detuvo.

Por el camino hacia su casa dejó vagar la imaginación. Tenía veintiocho años y, aunque estaba rellena, todavía conservaba un buen cuerpo. Además, sus ojos eran grandes y verdes. Se había criado en el pueblo. Cuando se quedó embarazada de un hombre casado, no era más que una chiquilla. Todavía se enfureció al recordarlo, después de tantos años.

-Pedazo de cabrón, se aprovechó y me engañó como a una tonta -se dijo.

Sus hermanos trabajaban en el campo, y cuando lo supieron, ninguno quiso verla más. La echaron de la casa y tuvo que venirse a la ciudad, donde abortó en un hospital. Cuando estuvo en la calle tuvo que ponerse a servir, hasta que una amiga le aconsejó que dejara el trabajo y se dedicara a uno más productivo.

-No es tan malo- le dijo.- Pronto te acostumbrarás, y ganarás mucho dinero.

No volvió a saber nada de su pueblo, ni allí supieron de ella. Llevaba tanto tiempo en el oficio que ya casi no lo recordaba, y podía permitirse algunos lujos, aunque le costaba trabajo ahorrar. Entre sus clientes había gente de todos los oficios: ella prefería a los casados, eran más limpios y considerados. Alguna vez topaba con viciosos y con indeseables, pero eran los menos. El taxi se detuvo y ella le pagó al chófer.

-Quédate con la vuelta -le dijo.

-Gracias, hermosa. Que duermas bien.

Muchas veces pensaba con nostalgia en el hijo que podía haber tenido. Su pequeño apartamento estaba lleno de muñecas, de ceniceros con cigarrillos a medio fumar y de vasos con resto de pintura de labios.

Se soltó el pelo con un movimiento de cabeza y se lo estuvo cepillando: le gustaba su pelo, que era de un color trigueño claro.

Se limpió la cara donde se había corrido el maquillaje, y se dispuso a dormir hasta la tarde. Sobre la cama sin hacer había varias prendas, y de entre ellas eligió un pijama de color fucsia. De un manotazo retiró el resto de la ropa, que cayó al suelo junto con una novela de amor. Cogió una muñeca de china y la dejó amorosamente sobre una silla.

-Que descanses, encanto -le dijo.

Se dejó caer sobre la cama y se estiró como un gato. Cuando despertó, un tocadiscos estaba tocando un rock en el piso vecino. Tenía los ojos irritados y le seguía doliendo la cabeza.

-Vaya día -pronunció en voz alta. Creo que voy a tener la regla.

Se puso un quimono verde claro con rosas bordadas y se paseó fumando un cigarrillo, mirando los muebles nuevos y brillantes, una orquídea en un florero, los muñecos y las chucherías. Luego, apretándose las sienes con las manos, salió al descansillo y llamó al timbre de la vecina.

-¿Tienes aspirina? -preguntó, y ella asintió con un gesto.

-Pasa, te la daré con un café.

No me vendrá mal.

Por una puerta asomó la cara de un bebé, el hijo de su amiga. Ella lo cogió en brazos y le estuvo haciendo carantoñas, aunque no estaba para muchas bromas. La otra volvió con un sobrecito verde y un vaso de agua.

-Toma la aspirina -le dijo. -El café se está haciendo.

La salita tenía un papel floreado en la pared, y cortinas de color amarillo limón. La amiga tomó al niño y ella se tragó la pastilla con un sorbo del vaso. Luego miró por la ventana: un visillo ocultaba los patios sucios y los muros de ladrillo. Fuera estaba lloviendo, y hasta allí llegaban los ruidos de la calle, el claxon de los coches, y voces de niños que a esa hora jugaban libremente. Su amiga había salido, y volvió con una taza humeante en la mano.

-Toma, te hará bien.

-¿No está en casa él? -La vecina se encogió de hombros.

-No ha venido todavía. -Ella se mordió los labios.

-¿No ha venido todavía? Hace una semana que no viene por aquí. Sabes de sobra que va con otras mujeres, ese hijo de puta. -La amiga titubeó.

-Él... no es malo -dijo en un susurro.- Además, es lo único que tengo. -Ella se bebió un sorbito de café. Estaba demasiado dulce.

-Con tu pan te lo comas, guapa. Sabes que lo digo por tu bien. -La vecina insistió.

-Él me quiere, y quiere a mi hijo. El otro día lo llevó al circo, a ver a los payasos y a los animales. -Ella torció el gesto.

-Qué majo. A cambio le compras las mejores camisas y corbatas, y él dándose pote con señoritingas estrechas. ¿Quieres que te lo diga más claro? -La otra sonrió forzosamente.

-Mira, no me vas a convencer. Tú eres... distinta. Tú no necesitas a nadie. -Ella dejó la taza sobre la mesa y se volvió.

Por supuesto que no. Y que Dios te lo pague, bonita.

Le dio un cachete en la cara y brillaron sus uñas esmaltadas en un rojo brillante. La amiga la miró tristemente.

-No puedo estar sin él. -Ella abrió la puerta y se dispuso a salir.

-No te enfades. Eres demasiado buena y no me gusta que abusen de ti. Me saca de quicio.

Volvió a su cuarto, al revoltijo de ropa interior, cinturones y pañuelos de colores. Miró compungida las cajas de zapatos, las tazas sucias y las ropas revueltas.

-No tengo remedio -pronunció en voz alta. -Qué se le va a hacer.

Cogió una toalla, entró en el cuarto de aseo alicatado de rosa y se duchó, mientras canturreaba. Cuando

salió, el cuarto estaba lleno de vapor.

-Tengo que darme prisa -se dijo.

Se puso una combinación de encaje que le ceñía suavemente el cuerpo; luego, un vestido muy ajustado. Se recogió el pelo y lo prendió con horquillas sobre la cabeza. Cuando salió estaba lloviendo, y tuvo que abrir el paraguas. Las calle ruidosa se había lavado con la reciente lluvia caída, y pensó que sus zapatos de tacón altísimo se iban a fastidiar con los charcos. La gente caminaba deprisa o se resguardaba en los portales, y algunos chorros se desplomaban desde los canalones.

-Joder, vaya día. No me falta de nada.

Se detuvo en la esquina delante de un garito, y miró a un grupo de niñas con las faltas tan cortas que les asomaban las bragas. Por la puerta entornada salía un murmullo de voces y una oleada de calor. Un hombre la miró de arriba a abajo.

-¿Quieres entrar, preciosa? Convido a lo que quieras -dijo, acercándose. Ella lo evitó.

-No necesito convites de nadie, y menos de ti. No estoy para cachondeos.

Él era un tipo bien vestido con los ojos saltones.

-También hay que tomarse un descanso. ¿O no? -dijo él, balanceándose sobre las piernas. Una muchacha salió y lo cogió del brazo.

-¿Conque haciendo amistades? No se te puede dejar solo.

-No te pases de lista, nena- dijo él, y le azotó el trasero. La chica soltó una carcajada y miró descaradamente a la otra.

-No es más que una puta barata.

Ella fue a replicar, pero se dio la vuelta y cruzó la calle. No tenía ganas de broncas. De otra forma, la niña se hubiera tragado lo que había dicho.

-No merece la pena -pensó.

Una manzana más allá sacó un espejito, y ante un escaparate se perfiló los labios. Para ir al centro cogió el autobús, y lo dejó en una esquina. Al otro lado de la calle vio el rótulo de una cafetería. Cuando se acercó al mostrador, el barman la miró como si hubiera visto a un enemigo.

-¿No es un poco temprano para empezar? Esto está lleno de gente decente. -Ella se encogió de hombros.

-Mi dinero es tan bueno como cualquiera. ¿Es que está reservado el derecho de admisión? Creí que eso ya no se estilaba.

Se retiró de la barra, pero en lugar de abandonar el local bajó las escaleras alfombradas. Se cruzó con un camarero muy joven.

-Hola, hermoso -le dijo en voz baja. Él miró a los lados con gesto nervioso y carraspeó.

-¿Que... quería usted algo? Creo que está todo lleno.

Los labios pintados se estiraron en una sonrisa.

-Sólo te daba las buenas tardes. -Él insistió:

-Está todo completo. -Ella dio un vistazo alrededor.

-Me parece que no.

-Qué desahogada -gruñó alguien. Un hombre se levantó del asiento y se lo ofreció.

-¿Quiere sentarse? Yo ya me iba.

-Con su permiso -dijo ella, y el otro no se movió.

-Yo la invito -dijo.- ¿Puedo saber cómo se llama? -Ella lo observó, divertida.

-¿Es tan importante? -preguntó. Luego pareció arrepentirse de su rudeza. -Me llamo Rosario -dijo con voz suave.- Charo para los amigos.

Unas señoras que estaban en una mesa vecina la miraron con cara de pocos amigos. Él le dijo su nombre y se sentó a su lado.

-¿Dónde trabaja? -preguntó. Me parece que la conozco. Ella movió la cabeza.

-No, no lo creo. Hace poco que vivo en la ciudad -mintió.

La mano del hombre resbaló por su brazo y se instaló en la cintura. Ella no lo rechazó.

-¿Qué quiere tomar? -La mujer se mordió los labios.

-¿Puede ser champán? -El camarero se acercó.

-Traiga media botella de champán.

Estuvieron charlando y él no apartaba la mirada del escote femenino. Cuando el camarero volvió con la botella y dos copas, él pagó la nota y dejó una buena propina. Estaban tan juntos que sus rodillas se rozaban. Por fin se decidió:

-¿Tienes algo que hacer este fin de semana? -Ella se le quedó mirando.

-¿Y eso? ¿Es que quieres llevarme a la sierra? Sí, tengo mucho que hacer. -Él tragó saliva y levantó la copa para disimular.

-Brindemos por los dos -dijo, mirándola a los ojos.

Estaban charlando cuando ocurrió la explosión. La mujer chilló: la onda expansiva le había arrancado la copa de la mano y la botella saltó de la mesa. Ella se sintió arrojada contra el suelo; luego la luz se apagó, y no pudo ver nada.

-Que alguien encienda una luz, por favor- rogó.

Le había parecido que el piso se hundía; notó mucho calor, y un olor a pólvora y a madera quemada.

-Por favor, una luz.

Se encendieron las lámparas de neón, y vio que el hombre estaba junto a ella, tratando de ayudarla; cuando pudo incorporarse la sala daba vueltas a su alrededor. Se oían alaridos de terror; ella se tanteó los brazos y el cuerpo, y comprobó que no estaba herida. No sentía ningún dolor. Su compañero tenía la chaqueta rasgada.

-¿Estás bien? -le preguntó. Él dijo que sí con la cabeza.

-Ha sido solamente un rasguño. ¿Y tú?

-Yo estoy bien. Es... es horrible todo esto. ¿Qué piensas que ha podido ocurrir? ¿Habrá estallado una bombona?

-¿Con este olor a explosivo? No, no creo que haya sido una bombona.

Olía también a carne chamuscada. Ella cerró los ojos, pensando librarse así de aquella pesadilla. No se distinguían las palabras: sólo gritos abajo, y un rumor sordo en la planta superior.

-Ven por aquí -le dijo él, cogiéndola del brazo. -Vamos a salir.

Vieron pasar a un policía que se dirigía al fondo de la sala. Allí, una mujer joven parecía haber sido aplastada por el muro; yacía boca arriba y tenía la cabeza destrozada. Ella se estremeció. Sobre los cascotes había una mano desprendida.

-Por favor, vámonos pronto. No puedo aguantar la vista de la sangre, me voy a desmayar.

Su compañero la cogió por los sobacos y evitó que se desplomara. Fue entonces cuando se oyó una voz infantil, que parecía surgir de debajo de una de las mesas, llamando a su mamá. Luego una niña salió gateando: era pálida y delgada y parecía tener unos tres años. No estaba demasiado asustada y miró alrededor. Alguien había cubierto el cuerpo destrozado con unos manteles, y ella no lo vio.

-¿Con quien estabas? -preguntó el policía. Ella le tendió una mano diminuta.

-¿Me vas a llevar con mis papás?

TENÍA TREINTA Y CINCO AÑOS y hacía tiempo que estaba parado. Era un hombre menudo y cetrino que llevaba una chaqueta demasiado ancha para él. Cojeaba bordeando la calle sin pavimentar, sembrada de basuras; con las manos en los bolsillos se defendía del frío, agitando dentro sus dedos huesudos. Sorteaba cajones y envases vacíos, sin escuchar apenas el rugido de los camiones que volvían de descargar sus mercancías. Al pasar, dejaban un olor a pescado podrido y a frutas avinagradas.

Hundía los pies en la tierra húmeda, donde quedaban sus huellas marcadas. Salió por un camino entre los vertederos, mientras una fina lluvia empapaba los desperdicios y le calaba la espalda a través de la chaqueta. Saltó un pretil con dificultad, y al hacerlo notó la punzada de siempre en la rodilla.

-Me cago en mi estrella -masculló.

En los días de lluvia el cieno se apoderaba de las callejas, formando barrizales negruzcos de tierra y

carbón; en verano, un polvo oscuro se arremolinaba sobre los basureros. De madrugada, los trenes al pasar despertaban a los vecinos que ocupaban el barrio de chabolas.

Al otro lado estaba la ciudad, con sus grandes edificios y sus tiendas lujosas. Conforme se avanzaba a lo largo de la vía, las casas iban siendo más altas y mejores. En las tardes de sábado, la gente se vestía con su ropa mejor, tomaba el único autobús que los llevaba al centro y abandonaban por unas horas el lugar.

Había delincuencia en aquel barrio y también mucha droga; en las peleas salían a relucir las navajas, y muchos jóvenes, ellos y ellas, se dedicaban a la prostitución. De noche, grupos de navajeros vagaban cerca de la carretera buscando a su presa: eran tipos peligrosos que atacaban a veces sin motivo, muchachos violentos que mataban por el placer de matar.

Se carecía de agua corriente, y los vecinos acudían a cogerla en los grifos al borde de la vía. En las tapias, una asociación juvenil había trazado frases insultantes contra el gobierno, junto a un mural pintado de colores vivos.

Él pensó en su mujer y en sus dos pequeños, uno de siete años y otro recién nacido: cuando llegaron del pueblo venían llenos de ilusiones, pensando que él con sus conocimientos de mecánico no tardaría en encontrar trabajo. Habían vendido sus tierras y su casa, y desde entonces venían trampeando, con trabajos temporales y precarios.

Muchas veces había lamentado venir a la ciudad. El niño mayor iba a la escuela con un traje arreglado; lo recogía un autobús, y aunque le proporcionaban los cuadernos, los libros y todo el material, en la chabola no tenía un lugar donde hacer los deberes. Vivían todos en un cuarto que servía de dormitorio y comedor; fuera, la mujer había improvisado una cocina, y cuando guisaba lo hacía bajo un tejadillo de uralita para resguardarse de la lluvia o del sol. En la chabola había nacido su hijo menor.

En el pueblo, sus parientes lo creían empleado en una gasolinera. Al principio ellos volvían de cuando en cuando por allí, pero hacía tiempo que no se desplazaban. No daba el dinero para eso. Había llegado a descargar en el mercado a falta de otra cosa; trabajaba de madrugada y le llegaba la mañana rendido, aplastado bajo el peso de los cajones de fruta o de pescado. Fue allí donde sufrió el accidente, cuando la rodilla se le partió como si fuera de cristal.

Ahora, todos los días de mañana abandonaba la vivienda y no volvía hasta la noche. Se hubiera conformado con cualquier trabajo, pero no lo encontraba; últimamente, había empezado a mendigar. Comenzó mintiéndole a ella acerca de sus actividades, pero ya le daba lo mismo; en realidad había optado por no hablar, y ella tampoco preguntaba nada. Siguió cojeando, ya por la acera enlosada. Menos mal que había encontrado unos zapatos casi nuevos en un contenedor, pero había pasado tiempo y ahora tenían las suelas como papel de fumar.

Pedía en las puertas de las iglesias, a las salidas de los cines y a la boca del metro; así lograba reunir unas monedas, con las que compraba pan, patatas y alguna legumbre. Cuando volvía a su casa no estaba de humor para hablar, así que comía en silencio, se metía en la cama y conectaba un pequeño aparato transistor que se había encontrado en la calle. Entonces oía las noticias deportivas; luego su mujer se acostaba, hacían lo suyo y se quedaban dormidos. A veces la oía soñar en alto por las noches, y otras lo despertaba el pitido del tren.

En ocasiones estaba tan desesperado que lo pagaba con la familia y llegaba a golpearlos; entonces, él mismo no se reconocía. Pero era pocas veces, porque normalmente era un hombre pacífico. En ocasiones llegó a considerar la manera de atracar una tienda, o por lo menos un kiosco, pero la idea le duraba poco, porque no quería acabar en la cárcel.

El agua le estaba calando la espalda y llevaba los pies empapados. Palpó un envuelto que llevaba en el bolsillo y sacó un pedazo de pan que masticó con avidez. Cayeron unas migas, y como si las estuvieran aguardando, dos pájaros se abalanzaron sobre ellas, picoteando el barro. De pronto sintió un retortijón en el vientre, y suspiró.

-Son las malditas judías. Habrá que cambiar el menú -sonrió amargamente.

Miró alrededor, a las casas cercanas, y vio el bar que mostraba un letrero con una marca de bebidas. Allí se acercó, y el dueño lo miró con cara de perro.

-Aquí no se sirve de balde -le dijo. Él carraspeó.

-No quiero tomar nada. Sólo, que tengo necesidad de entrar.

-Bueno, baja -dijo el otro con una mueca de disgusto. -Pero no tardes, y deja todo tan limpio como está.

-No se preocupe -dijo él. -Y gracias.

Abajo, él notó la fetidez de su propio cuerpo, pero no le desagradó. Luego subió las escaleras, se despidió con un gesto y siguió andando por la acera. Fue a cruzar la calle, y como iba distraído le faltó poco para que lo atropellara un autobús; el conductor trató de frenar, y sacando la cabeza por la ventanilla le gritó un insulto.

-¿Es que no ves por dónde vas?

En la esquina, él se detuvo frente a un garaje y se quedó mirando un gran camión azul; un hombre alto y robusto salió del local, estuvo revisando la carga y de un salto se subió a la cabina. Luego arrancó con un rugido, y le salpicó al pasar, poniéndolo perdido de barro.

-Hijo de puta -masculló él.

Sentía un fuerte dolor en la rodilla, y se detuvo un momento. Algo lo conmovió como un mazazo: en el lugar que había ocupado el camión, sobre la calzada lustrosa de lluvia, había una cartera de cuero, oscura y abultada.

-No puede ser -se dijo.- Estoy mal de la cabeza.

Miró alrededor y vio que nadie lo observaba. Todavía aguardó unos segundos, que le parecieron siglos. Salió del garaje un hombre con mono de mecánico, dejó una garrafa en la acera y volvió a entrar en la nave. Él aprovechó para agacharse y alcanzar la cartera, que alojó en el interior del pantalón. Cruzó la calle manchada de grandes goterones de grasa, y anduvo deprisa hasta alcanzar un callejón. Allí sacó la cartera y vio que estaba llena de billetes de banco. Emitió un largo silbido.

-Madre mía.

Estaba seguro de que eran billetes grandes, pero no se atrevía a mirarlos. Sacó el primero, conteniendo el aliento. Temió que volviera el conductor del camión, pero la calzada estaba libre y no se veía a nadie a la entrada del garaje.

-Madre mía -repitió.

Una furgoneta se aproximaba, y un chorro de humo negro lo alcanzó. Anduvo sin volver la cabeza, tratando de recobrar el aliento mientras notaba los latidos de su corazón.

-Es imposible. No puedo tener tanta suerte.

Luego echó a correr, arrastrando la pierna enferma. Ahora no sentía dolor. No sacó la cartera, que notaba segura en el bolsillo del pantalón. La lluvia le golpeaba la cara, pero agradecía su frescor; todavía podía respirar el humo de la furgoneta. Subió trabajosamente una cuesta empinada, hasta que se halló entre edificios nuevos, con terracillas llenas de ropa tendida.

-Calma -se dijo.- Ha pasado el peligro.

En una esquina dio de manos a boca con un guardia municipal, de forma que casi tropezaron; masculló una disculpa, y el otro le hizo un gesto amistoso con la mano. Él creyó que iba a desmayarse; también sería mala suerte que lo detuvieran por una cosa tonta: nadie creería que había encontrado el dinero, y pensarían que lo había robado.

-Tengo que andar con ojo -susurró.- Sólo faltaba que me metieran en la cárcel.

Cuando perdió de vista la guardia suspiró, aliviado. Llevaba en el bolsillo unas monedas sueltas, las suficientes como para coger el autobús, y fue hacia la parada más cercana, donde se había formado una pequeña cola. Subió el último, y puso el dinero sobre el trozo de bayeta oscura.

-Uno, por favor.

Se acomodó en uno de los asientos traseros, junto a cuatro generaciones de gitanas: una mujer viejísima, vestida de negro de pies a cabeza, llevaba en brazos a una niña de meses envuelta en una toquilla de colorines. Junto a ella viajaba una mujer de mediana edad, de mejillas hundidas bajo los pómulos salientes, y el cabello tirante peinado en un moño.

-Trae a la niña -dijo.- Pesa demasiado para ti.

Delante iba una muchacha joven que vestía un pantalón vaquero muy viejo y un jersey ceñido. En el asiento contiguo llevaba un gran ramo de claveles, y él pensó que iría a venderlos al centro.

No podía imaginar el dinero que habría en la cartera. Calculó noventa, cien mil... Las mujeres abandonaron el autobús con la pequeña, y cuando se quedó solo sacó la cartera. Disimuladamente la abrió, y estuvo a punto de emitir un silbido: había la menos el doble de lo que calculó en un principio. Eran billetes nuevos, y conservaban un tacto suave de tinta reciente. Notó que crujían al doblarlos.

-Vaya -suspiró.

Se encogió en el asiento, tratando de que nadie lo viera; luego se sintió mejor, pensando que no tenía antecedentes penales y nadie podía acusarlo de nada. Estuvo pensando lo que haría con aquel dinero: recordó el tejado de su casa, que no se había reparado nunca y dejaba pasar el agua de lluvia.

Rechinaron los frenos y se detuvo el autobús; él se bajó, miró a su espalda y vio que nadie lo seguía. Entró en un bar donde se anunciaban en el escaparate patatas a la brava y berberechos. Se encaramó en una banqueta.

-Un café con porras, y un coñac doble -dijo, ahuecando la voz. Le tendió un billete al hombre de la barra, y él lo miró con extrañeza.

-¿No tiene suelto? -preguntó. Él se encogió de hombros.

-Acabo de cobrar.

Fuera había dejado de llover. La calle estaba llena de gente, y había parejas jóvenes vestidas de las formas más raras, muchachos con melenas y gente mayor que parecía andar sin rumbo fijo. Bebió un trago de café y se quemó la lengua y el paladar.

-Está que bufa -resopló.

Después de tomárselo todo se encontró mucho mejor, y dejó una buena propina. Le parecía ser el dueño del mundo, mientras notaba el contacto de la abultada cartera. Cuando salió a la calle le ardía el estómago.

-Esto es vida -se dijo.

Se unió a la gente que pasaba; de todos los bares salía el mismo olor a frito, y nadie parecía tener prisa. En una esquina había una anciana vendiendo tabaco y él le pidió una cajetilla.

-Quédese con la vuelta.

Otra, con un abrigo negro y roto, voceaba la lotería. Él le compró un décimo.

-A ver si me da suerte -le dijo, y ella lo miró con descaro.

-Falta te hace, hijo.

Estuvo sorteando puestos donde vendían bolsos, cinturones y toda clase de objetos de cuero. Las correas despedían un fuerte olor a curtido. Cerca, en un puesto de discos usados, atronaban unas sevillanas.

-A menos de diez duros no te los puedo dar. A diez, todos los que quieras.

Oyó un piar de pájaros: era un vendedor de globos que simulaba el trino con la boca. Un globo rojo se soltó, volteó un momento en el aire y subió velozmente.

-Vaya, se jodió -dijo el dueño, siguiéndolo con la vista.

Continuó hacia una calle más ancha donde había tiendas de confección; eran tiendas baratas, pero a él le servían: cualquier cosa sería mejor que la ropa que llevaba. Bien vestido sería más fácil encontrar un trabajo, fuera el que fuese. Entró en unos almacenes donde había todo lo necesario para vestirse de arriba a abajo.

-¿Qué desea?

-Quiero... bueno, quiero varias cosas.

-Usted dirá.

-Empezaré por una chaqueta.

La primera que se probó le estaba demasiado grande, y lo sintió, porque le gustaba la tela. Eligió una de cuero.

-Esta me gusta -le indicó al vendedor.

Era un poco cara, pero merecía la pena. Compró dos camisas y unos pares de calcetines; también eligió unos pantalones que iban a tono con la chaqueta.

-¿Alguna cosa más?

-No, está bien. Cóbremelo todo.

Entró en una zapatería y salió con un par de zapatos muy brillantes. Se sentía satisfecho y feliz, como si con la ropa vieja se hubiera desprendido de un destino desgraciado. La llevaba en una bolsa y la encajó en una papelerera.

-Anda y que te jodan -masculló.

Tenía que comprarse un reloj, porque el suyo se le había roto hacía mucho tiempo. También quiso comprarse un paraguas, pero no halló a mano ningún sitio donde los vendieran. Se miró en el espejo de un

escaparate, y su imagen le hizo buen efecto.

-Tendré que cortarme el pelo -se dijo.

Le parecía que la gente lo miraba al pasar, y hasta temió que adivinaran lo que llevaba en su bolsillo interior. Recordó la barriada de chabolas, los chiquillos jugando entre bidones vacíos: hubiera estado bueno tomar un taxi para regresar.

-Daría el golpe -sonrió.- Menuda sorpresa se llevarían mis vecinos.

Le compraría ropa nueva a ella y también a los pequeños; renovarían algunos muebles, y quizá les llegara para un televisor de segunda mano. Quería adivinar las caras que pondrían los niños cuando los llevara a una pastelería, y después al cine. Y si alguien le preguntaba...

-He encontrado un buen trabajo -diría.

Pensó en el camionero: cuando echara en falta su cartera, seguramente estaría a muchos kilómetros de allí. Preguntaría en el garaje, pero allí nadie lo había visto, y tampoco lo vieron cogerla.

-No hay cuidado de que nadie me denuncie -suspiró con alivio.- He tenido suerte.

Pasó una chica con una falda muy corta; él se volvió a mirarle las piernas, y un trasero pequeño y redondo que parecía estremecerse a cada paso. El semáforo cambió de signo y la chica cruzó la calle, ante varias miradas hambrientas.

-Está para comérsela -pensó.

Luego siguió caminando en dirección al centro. Dejó a un lado un gran hospital abandonado, con sus naves silenciosas, sólo habitadas por una legión de ratas; caminó bordeando los jardines, pisando la hierba donde había hojas amarillas que se habían desprendido de los árboles.

Para hacer tiempo se metió en un cine donde daban varias películas. Cuando terminó la sesión se percató de que estaba avanzada la tarde; no había almorzado y tenía el estómago vacío. Así que abandonó el asiento y salió del local.

Se detuvo ante el escaparate de una lujosa cafetería; nada le impedía entrar, pues iba vestido correctamente y sabía comportarse como cualquiera. Nunca había entrado en aquel sitio, aunque pasó por delante muchas veces.

-Alguna tiene que ser la primera -se dijo.

Miró furtivamente la larga barra de la izquierda, donde había hombres y mujeres bien vestidos consumiendo bebidas. Había temido en un principio llamar la atención, pero nadie pareció advertir su presencia, de modo que bajó las escaleras hasta la planta baja. Se sentó en un sofá de cuero que estaba pegado a la pared y aguardó al camarero, que estaba retirando el servicio en la mesa de al lado.

-¿Qué va a tomar? -preguntó el hombre fríamente, y él carraspeó.

-Quiero... un bocadillo, y algo fresco para beber. -El otro arrugó el ceño.

-No servimos bocadillos. Puedo traerle un sandwich.- Él tragó saliva.

-Bueno, pues eso.

-¿De qué lo quiere? -preguntó el camarero, y él dudó un momento.

-Alguno que esté bien. Me da lo mismo.

-Le traeré uno mixto, ¿le parece?

-Me parece bien. Y traiga un botellín de cerveza.

El camarero se alejó con una mueca despectiva. Él se dio cuenta de que algo había hecho mal, pero no sabía qué. Su vista se desplazó hacia una mesa vecina, donde había una mujer llamativa. Le pareció que ella lo miraba.

-Tengo que estar tranquilo -se dijo.- Todo va bien.

Todavía no sabía exactamente el dinero que había en la cartera, pero se imaginaba que era mucho. La sacó del bolsillo, y ocultándola tras el mantel estuvo contando los billetes. Tuvo que guardarla, porque volvía el camarero, y le alargó uno.

-Cóbrese -dijo. El otro cogió el billete, lo miró un momento y se lo llevó sin comentarios. Enseguida volvió con la vuelta.

-Está bien -dijo él, dejando la propina. Se dispuso a seguir contando el dinero: eran todos billetes

grandes, como había supuesto, y estaban agrupados en paquetes de diez. Contó cinco paquetes.

-Medio kilo -pensó con un escalofrío.

De pronto, sin saber cómo, se sintió arrojado hacia atrás y se protegió la cabeza con los brazos. Parecía que le mundo se le venía encima: todos se había oscurecido, y se respiraba una atmósfera de humo. Luego, las luces se encendieron de nuevo.

-Pero, ¿qué es esto?

Se puso en pie de un brinco; la mesa había salido proyectada a distancia y el silencio que siguió a la explosión se había convertido en un caos de gritos y gemidos. A su lado, la mujer reía escandalosamente.

-¡Ha sido una bomba! -chilló.- ¡Socorro!

Él temblaba como un azogado; se llevó la mano a la sien y la retiró manchada de algo viscoso. Salió embistiendo entre el humo, tratando de alcanzar la escalera, y tuvo que saltar sobre un cuerpo de mujer, doblado como un títere roto. De pronto recordó la cartera.

Se palpó la chaqueta, por si la llevaba encima, pero estaba seguro de haberla dejado sobre la mesa antes de que ocurriera la explosión. Su chaqueta nueva estaba cubierta de un polvillo de yeso, y tenía el pantalón desgarrado. Volvió sobre sus pasos, y en una actitud frenética estuvo buscando alrededor.

-Me cago en todo -masculló sordamente.

Notaba un fuerte picor en los ojos; se aproximó a la mesa que ocupaba antes, y alzándola miró debajo, entre el polvo y el humo. Le pareció ver algo parecido a un billete, pero era un trozo de folleto rasgado. Soltó un juramento.

-Tiene que aparecer, tengo que encontrarla.

Sabía que el dinero no podía estar lejos, quizá bajo una de aquellas planchas de escayola o de algún trozo de cascote. “Aguardaré a que lo encuentren”, pensó, pero tuvo que desechar la idea. Nunca podría reclamarlo, porque no podría justificar el origen de tal cantidad. La reclamación pondría en guardia a la policía, y era lo último que deseaba en este mundo.

-Calma. Tengo que encontrarlo, tiene que estar por aquí.

Siguió buscando sin resultado, hasta que halló un par de billetes que guardó apresuradamente. No pudo contener unos sollozos histéricos, salió cojeando, arrastrando la pierna para subir las escaleras, mientras un policía lo seguía con la vista.

-A ese creo que lo conozco -le dijo a un compañero.

-Yo también lo conozco, pero no tiene nada que ver con esto. No es más que un desgraciado que pide por ahí.

Él no reclamó nada, no se atrevió a preguntar, y se dio por satisfecho por escapar de aquel infierno de cuerpos rotos y caras sangrantes. Le dolía mucho la rodilla, y no obstante subió los escalones de dos en dos. Llegó arriba si aliento, y se abrió paso a empujones hacia la salida.

-Tengo la negra -pronunció en voz alta.

Cuando pudo salir, estaban llegando las ambulancias y la policía acordonaba la zona. Un coche de bomberos se había detenido ante la fachada, y varios hombres entraban con camillas. Él se sentó en el bordillo de la acera, y se golpeó la frente con los puños.

-Tengo la negra -repitió.

Pero luego se quedó mirando las camillas que salían, aquellos cuerpos con los miembros desgajados; pensó que su suerte no era tan mala, y hasta se alegró de estar vivo.

BAJO SU MANO SENTÍA PALPITAR el cuerpo femenino; había sonado el despertador y él hurtó el brazo caliente del abrigo del lecho y dio la luz. Ella no se había movido, la buscó de nuevo y la abrazó, aspirando su aroma. El cuerpo joven despedía una sensualidad que lo electrizaba.

-Te quiero -le dijo al oído.

Una ráfaga le trajo una fisonomía borrosa, que se esfumaba en una monotonía irremisible, sustituida por la imagen de las sucesivas amantes. Pero aquella mujer cercana, su carne joven lo arrebatada. Cerró los dientes sobre el hombro cálido, y ella se quejó.

-Bruto, me haces daño -dijo entre sueños.

La cara del hombre, enrojecida, tenía una expresión ansiosa. Observó aquel cabello de un rubio dorado, y la pequeña oreja nacarada. Ella se rebulló un momento, se volvió mostrando un perfil gracioso y un tanto ingenuo, y al mismo tiempo el hombre se escapó a su contacto.

-Ven -dijo él.

Avanzó con la boca abierta en un ligero jadeo. Ella estaba boca arriba y aspiró profundamente; su pecho se alzó y sus pequeños senos se estremecieron. Alargó el brazo, tanteando, y lo rozó.

-¿Qué hora es?

-Hora de que me quieras -susurró él a su oído.

-Vamos, déjame -bostezó ella. -Tengo mucho sueño.

Él hizo un gesto de fastidio y consultó con la mirada el reloj de la mesilla. Era casi de noche todavía, pero estaban en un parador a las afueras y tenían que volver a la ciudad. Trató de vencer su apremiante deseo, y haciendo un esfuerzo saltó de la cama.

En el baño se dio una ducha cálida, seguida de una fría que logró serenarlo. En el espejo observó su propia cara abotargada, los ojos surcados de finas arrugas. Volvió junto a la chica y la removió.

-Levanta, tenemos que irnos.

Ella abrió sus grandes ojos claros y permaneció unos minutos viendo cómo se vestía. Era un hombre maduro, poco agraciado aunque se vistiera con las mejores ropas. Pero ahora no las tenía. De pronto, se inclinó sobre ella y la besó en la boca. Ella notó su aliento, disimulado por el frescor de la pasta de dientes.

-¿No tenemos que irnos? -lo rechazó. Estaba rígida, y en cuanto pudo se puso en pie, envuelta en la sábana. Anduvo con los pies desnudos sobre la gruesa alfombra hasta llegar al cuarto de baño. Desde allí se volvió.

-Quedamos en que se lo dirías hoy- le recordó, y él asintió con la cabeza.

-Descuida, se lo diré.

Del baño salían vaharadas con aroma de gel; ella canturreaba mientras se llenaba la bañera, donde el agua producía un borboteo perfumado. No cerró la puerta, y él se estremeció con la vista de sus curvas suaves y el pecho enjabonado y desnudo.

-Cada día me gustas más -le dijo.

-Pues no lo parece. Llevas tanto tiempo dándome largas...

La voz de la muchacha era insinuante. Cuando salió del baño iba envuelta en una toalla, y antes de vestirse se aplicó un maquillaje ligero, y con el dedo meñique se extendió en los párpados una sombra azulada con puntos brillantes. Se perfiló apenas los labios, y se cepilló el cabello que tenía reflejos de oro. Luego se encajó un vestido sencillo y juvenil: no usaba sujetador, ni lo necesitaba. Él se acercó y la tomó por la cintura; la chica suspiró.

-¿No tenías tanta prisa? -le dijo, desprendiéndose. El rostro de él se puso escarlata y sus dedos como salchichas se contrajeron.

-No sé qué te ocurre. - Ella habló sin mirarlo.

-Sí que lo sabes. Quiero que terminemos de una vez con estos tapujos. -Él asintió.

-Te lo he prometido. ¿Qué más quieres que haga? Por cierto -advirtió.- Necesitarás algún dinero.

Le tendió un fajo de billetes y ella lo tomó con displicencia, guardándolo en el bolso.

-¿Nos veremos luego? -preguntó.

-Tengo cosas que hacer esta mañana. Me he citado con unos clientes, y a lo mejor almuerzo con ellos. Nos veremos por la noche. -El rostro de ella pareció alegrarse.

Me han dicho que hay una revista estupenda. Podíamos ir. -Él asintió.

-Como tú quieras.

Trató de besarla, pero ella se apartó y el rostro masculino se contrajo en una mueca dolorosa.

-Está bien, vámonos.

En el comedor eligieron una mesa junto a la ventana, desde donde se veía la sierra. Estaban casi solos en el local.

-No quiero que volvamos aquí -dijo ella con un mohín de disgusto. -Esto está muy anticuado. Me han hablado de un sitio mucho mejor.

Antes de entrar en el lujoso automóvil, ella se detuvo un momento.

-¿Me dejas conducir? -preguntó, mimosa. Él ocupó el asiento del conductor.

-Ni lo sueñes. Quiero estar seguro de que llegaremos enteros.

El hombre aspiró hondo; de camino, el aire húmedo y sedante lo reconfortó. Se sentía como si le hubieran quitado veinte años de encima.

-En cuanto llegue, llamaré a mi mujer -aseguró. -Y quedaremos para hablar por la tarde.- Ella lo miró de reojo.

-¿De veras lo harás?

Él se limitó a mirar al frente. Sobre el cristal delantero caían algunas gotas, y durante unos minutos no se oyó más que el ligero zumbido del motor, y el casi imperceptible del limpiaparabrisas. Ella se mordió los labios.

-Espero que esta noche me des una buena noticia.

Dejaron atrás varias colonias de chalets, y en poco tiempo el paisaje se convirtió en urbano. El auto enfiló una amplia avenida y se detuvo ante una torre de viviendas.

-Aquí te dejo -indicó él.- No tengo tiempo de subir.

Antes de abandonar el coche, la muchacha le dio un beso rápido en los labios. Él la siguió con la mirada, hasta que la perdió de vista en un portal moderno de cristal oscuro y aluminio pavonado.

Era pronto todavía. Cuando se despidió de los clientes dejó el coche en un garaje y, a pesar de la fina lluvia, decidió caminar por el parque. Necesitaba poner en claro sus sentimientos, y planear el futuro. No podía recordar desde cuando no visitaba el lugar, que ahora empezaba a mostrar la presencia del otoño en sus tonos rojizos.

-Da gusto caminar un poco -suspiró.- Pero no hay tiempo para nada.

Fue rememorando el pasado. Había sido un hombre duro, hasta llegar a ser respetado y temido. Su vida había transcurrido durante muchos años de manera espartana: había trabajado como nadie, y había vencido. Hoy, cuando otros soportaban dificultades económicas, él estaba más seguro que nunca. Creía merecer algo mejor que aquella vida rutinaria.

-Me lo he ganado -se dijo, convencido.

Pensó en su esposa: en un principio había sido una mujer con mucho encanto, muy superior en realidad a él, que creyó siempre no merecerla. Pero hoy sus celos lo ahogaban: quizá por eso él acudía cada vez menos al hogar, y con la disculpa de los negocios se ausentaba a menudo, lo que provocaba continuas discusiones.

Últimamente, llevaba varios días sin aparecer. Antes había procurado no mentirle, y no quería hacerlo, pero la situación se estaba haciendo insostenible. En el fondo se consideraba un hombre leal; por eso quería dejar las cosas claras y perjudicarla lo menos posible.

-Le daré lo que quiera -pronunció en voz alta. -A cambio, quiero mi libertad.

Había preferido verla en un lugar público. En casa ella hubiera hecho una escena, y la sola idea le daba náuseas. De un tiempo a esta parte estaba demasiado nerviosa. A ella le había extrañado que la citara en una cafetería, pero él logró convencerla.

-Tengo poco tiempo -le dijo.- Estaré cerca de allí con unos clientes, y no puedo dejarlos. Y es importante que hablemos.

-Está bien, nos veremos allí. Procura no llegar tarde.

-Por supuesto que no. Estaré aguardándote.

De pronto se dio cuenta de que iba a abandonar a su esposa por una chiquilla, y sintió vergüenza.

-Es tan joven como mis hijas -pensó.

No sabía cómo reaccionarían ellas. La mayor se parecía a él: no era bonita, pero había heredado su carácter fuerte y era independiente y muy emprendedora. Era su predilecta.

-Ella no necesita a nadie -se dijo con orgullo.- Se basta a sí misma.

Cuando recordó a la menor, sus ojos se nublaron. Tenía que confesar que era muy parecida a su madre.

Era sensible, inteligente y buena estudiante, y lo quería con locura.

-Pero ella me tendrá siempre. Eso por encima de todo. Nada cambiará entre nosotros.

Había dejado de llover. Entre la arboleda, la cúpula de un edificio de cristal centelleó bajo un pálido rayo de sol. Enfrente se extendía un talud de césped, y más allá un estanque. El agua temblaba, reflejaba los pinos y el cielo se miraba en la superficie, donde un alto surtidor dejaba caer una cascada azul.

-Qué hermoso -se dijo.- Lástima que haga tanto tiempo que no vengo por aquí.

Vio un par de cisnes en el estanque, y en los escalones de piedra una pareja muy joven que se besaba largamente. Sintió envidia, y un extraño desasosiego. Pensó ahora en su hija, ya casada y con un niño; tuvo un sentimiento de rencor con la vida, que con aquella boda le arrebató lo que más quería.

-Porque es verdad que la he perdido -musitó.

Por entonces había conocido a su amiga, y tenía que confesarse que todo empezó como una sustitución sentimental.

Aceleró el paso y se encaminó hacia el gran lago artificial, mucho mayor que el pequeño estanque. Lo surcaban pequeñas embarcaciones manejadas por gente joven, y él se detuvo a observarlos, mientras del agua se alzaba un olor a cieno y a plantas acuáticas.

-Tengo que darme prisa -suspiró.

La muchacha se había convertido para él en una verdadera obsesión, una necesidad física y constante; en un principio no creyó que fuera más que una aventura pasajera, pero ahora se hallaba prendido en unas redes de las que no se podía, ni quería, liberar. Aquel cuerpo joven lo hacía revivir, le comunicaba su vigor, de forma que a todas horas respiraba y vivía por él.

-Tendré que hacerlo -decidió, mordiéndose los labios.

Sabía que no era precisamente un galán de cine, que estaba demasiado grueso y su estatura era, como mucho, mediana. Siempre había envidiado a aquellos tipos altos, que aunque con el cabello plateado eran el centro de las miradas en todas las reuniones donde había mujeres.

-No es mi caso -se dijo, resignado.

En el estanque se reflejaba el cielo y el temblor de los árboles. Advirtió que tenía las ideas de un romántico trasnochado, y trató de rechazarlas. Dio un último vistazo al templete de columnas, a las estrechas piraguas de todos los colores, y empezó a caminar deprisa bajo los árboles.

Consultó su reloj y vio que eran las seis. Fuera del parque la gente caminaba deprisa entre edificios grises oscurecidos por el humo. Conforme se encaminaba al lugar de su cita, se sintió menos seguro. En lugar de tomar la dirección más corta, rodeó varias manzanas sobre las húmedas aceras: todavía era pronto, y estuvo observando un edificio coronado de adornos y torrecillas, como si fuera la primera vez que lo veía.

-Es increíble -dijo para sí. -Nunca me había fijado, después de tantos años.

Estaba dispuesto a concederle a su mujer todo lo que le pidiera; la indemnizaría tan espléndidamente como ninguno de sus amigos lo hubiera hecho. Cuando calculó que era la hora, aspiró hondamente el aire húmedo y tomó la dirección de la cafetería. Ante ella, se detuvo un momento.

-Espero que no haya llegado todavía -se dijo.

Pero sí había llegado. Cuando bajó el tramo de escaleras, haciendo crujir los peldaños, ella ya lo aguardaba sentada a una mesa.

-Hola- le dijo besándola en la sien, y ella lo miró sin sonreír.

-Hola -contestó, y a él le pareció que su voz temblaba. Se acomodó a su lado, y un tenue perfume conocido lo envolvió por un momento. Luego, ella añadió: -¿Se puede saber, después de tres días, para qué me has citado aquí?

Él tragó saliva. Ni siquiera se atrevía a mirarla a la cara y observó sus delgadas manos surcadas de finas venas azules.

-Tenemos que hablar -dijo sordamente.

Vio que ella lucía un elegante traje de chaqueta y estaba tan bien peinada como siempre. Ya había cumplido los cincuenta, lo mismo que él, pero los años no habían destruido su belleza, y su figura emanaba elegancia y un cierto atractivo. Había sido hermosa, y seguía siéndolo.

-¿De qué tenemos que hablar, si puede saberse?

La voz sonó quejosa. Él se notaba adusto y avejentado, y no sabía cómo empezar. Luego, pausadamente, estuvo exponiendo los hechos, mientras ella oprimía con fuerza el asa de su bolso de piel de

cocodrilo. Su rostro había cambiado de expresión: ahora parecía furiosa.

-¿Conque era eso? ¿Y para decirme eso me has obligado a venir aquí? No tienes dignidad, eres un verdadero cerdo. Mejor, haberte quedado en la cama con ella, ¿no crees? -agregó en tono chirriante. Él bajó la mirada.

-No hace falta que hables así. No es ese tu estilo. -Ella rió amargamente.

-Y, ¿cuál es mi estilo, si puede saberse? ¿Aguantar todas tus porquerías? Nada menos que quieres plantearme el divorcio, y para eso me citas en una cafetería.

Él estaba avergonzado, sobre todo porque los miraban desde las mesas vecinas. Había querido evitar una escena en casa, y ahora podía ser mucho peor. Ella pareció leerle el pensamiento.

-¿Tienes miedo de que arme un escándalo? ¿Crees que no soy capaz de hacerlo? -Él la atajó con un gesto.

-Habla más bajo, por lo que más quieras -suplicó.

-Está bien. Pero te diré que estoy dispuesta a todo con tal que esa zorra no consiga lo que quiere. Sabes que me asiste la razón, así que puedes prepararte a una lucha a muerte. No voy a ceder con facilidad.

Él aspiró hondo. Fue a cogerle la mano y ella la retiró. Estuvo rebuscando en el bolso y sacó un billetero con una fotografía. Él sabía que era la foto de su hija y su nieto, y ni siquiera la miró.

-¿Es que quieres chantajearme? -dijo sordamente. -Guarda eso, no es el momento de sacar el archivo familiar.

Ella así lo hizo, como si hubiera advertido su error. Luego habló en voz baja.

-Te costará mucho dinero, seguramente más de lo que crees -indicó. -Nunca he dado el menor motivo de escándalo, y todo el mundo conoce mi manera de ser.

-“La esposa perfecta”, pensó amargamente él, pero no expresó su pensamiento, y en cambio preguntó:

-¿Cuánto? -Ella adoptó un aire de triunfo.

-Eso lo veremos. Has conocido a una chica que podría ser tu hija, y quieres dejarme por ella. Me parece un capricho muy caro.

Él carraspeó. Estaba rojo, y empezaba a sudar. Un camarero se aproximó a la mesa y él le pidió un coñac. Ella no quiso tomar nada, y el camarero se retiró. Él trataba de no perder la compostura.

-Ese es tu punto de vista -replicó. -Yo lo veo de forma muy distinta. Es cierto que tu vida ha sido intachable, quizá demasiado, hasta provocar el hastío. A veces, la perfección resulta insoportable. ¿No lo sabías?

Ella le dedicó una mirada de desprecio.

-Gracias -dijo secamente.

De pronto empezó a sollozar, cubriéndose la cara con el pañuelo. Luego, con el mismo pañuelo, se enjugó los ojos.

-No sé de qué te quejas -dijo, intentando dominarse. -Nunca he salido con amigas, y sólo he procurado atenderos a ti y a las niñas. Nunca me he permitido un derroche, bien lo sabes, y creo que las cosas han funcionado siempre bien en casa...

-Tampoco has sabido nunca lo que eran dificultades. Si alguna vez las he tenido, procuraba que no lo supieras. ¿Que de qué me quejo? Es sagrado tu horario, sagrado tu descanso... Y, además, eres demasiado absorbente. -Ella casi saltó en el asiento.

-¿Demasiado absorbente? ¿Y ella no lo es? ¿Por qué, entonces, quiere que te cases?

Ambos guardaron silencio durante unos segundos; luego, ella añadió con voz crispada:

-Te agradezco lo acertado de la fecha -dijo. Él arrugó el ceño, y de pronto comprendió: era el aniversario de su boda, y ni siquiera lo había recordado. Sintió vergüenza, y balbució unas torpes palabras.

-Perdona. Lo siento de verdad.

-No te preocupes -dijo ella.- El aniversario ya no es motivo de alegría, sino todo lo contrario. -Él aspiró hondo.

-Perdona -repitió. Miró a su esposa, y advirtió en sus ojos un brillo maligno.

-Se cansará de ti- le dijo ella sordamente.

Él reconoció que quizá tuviera razón, pero la suerte estaba echada. El camarero había dejado una copa de coñac sobre la mesa, y él la apuró de un trago. La necesitaba.

-Es posible -dijo.- Pero eso no cambia las cosas. Será mejor para todos que no opongas resistencia. -

La mujer se estremeció, y se dilataron las aletas de su nariz.

-Sí, será mejor para ti.

Lo había tomado nerviosamente del brazo, y él sentía sus dedos como garras. Le habló en voz tan baja que era poco más que un susurro:

-Me mataré -dijo. -No podrás evitarlo y serás el responsable. -Se detuvo un momento, como para tomar aliento, y luego siguió en tono apagado. -¿Cómo puedes olvidar todos estos años? Están las chicas, está tu nieto... ¿Es que no tienes dignidad?

Él no contestó. ¡Dios, no!, pensó, tratando de desechar aquella idea absurda. ¿Sería ella capaz de matarse? Quizá se ahorcara, quizá... Sintió un escalofrío, recordando la pistola con cachas de nácar que él mismo guardaba hacía tantos años en el cajón de su mesilla. También podía cortarse las venas, o tirarse por una ventana...

-No digas eso -rogó.- Podrás rehacer tu vida sin mí. -Ella negó enérgicamente.

-Mi vida ya no tiene objeto. Tú me la has deshecho.

Estrujaba el pañuelo de encaje, y sus facciones estaban crispadas. Él miró por un momento la mano femenina, y advirtió que llevaba puesta la alianza, que él no usaba desde hacía mucho tiempo.

-Te compensaré como quieras -dijo con torpeza.

-Cállate- dijo tensamente ella. -Yo no me vendo.

De pronto se sintió mísero y culpable. Quiso excusarse de alguna manera, pero pensó que era preferible el silencio. De nuevo insistió:

-Te dejaré la casa, te lo dejaré todo. En realidad, no necesito nada. Puedes contratar al mejor abogado, yo no pondré ninguna objeción.

Sintió un frío glacial inundándole la espalda, como si una corriente helada lo hubiera rozado. Se había puesto pálido y tenía que hacer un gran esfuerzo para hablar. Mientras, su esposa dijo algo que él no pudo entender.

-Perdona, ¿qué decías? -Ella lo miró.

Eres un impotente. Eres un viejo verde y marrano -repitió.- Tú buscas a alguien que pueda suplir lo que no tienes.

La cara del hombre se crispó. Aquello le dolió como un puñetazo, quizá porque en el fondo estaba de acuerdo. Dio vueltas en la mano a la copa vacía. Se oía a sí mismo respirar, y la frase dicha le golpeaba el cerebro. Luego, ella pareció cambiar de actitud.

-Podemos seguir como hasta ahora -musitó. -Yo pasaré por todo, pero por favor, no me dejes.

-No pasarás por todo, en realidad no pasarás por nada -dijo él.- Eso que me propones me resulta... inmoral.- Ella lo observó, con una mirada cruel.

-¿Y tú me vas a decir ahora lo que es la moralidad?

Callaron. Los ojos de ella estaban nublados por las lágrimas, y al mirarla él sintió repulsión. De nuevo recordó la figura joven, la sonrisa llena de malicia, y la imagen fresca se superpuso a la real que contemplaba. Pensó que nunca había sentido por su esposa una verdadera pasión; pronto se habría convertido en una anciana, y lo peor era que él se habría convertido en un viejo. La idea lo trastornaba.

-¿Has pensado en tus hijas? -oyó como entre brumas.

Había pensado en ellas, ciertamente. En aquella muchacha que era su vida, y que había dejado el hogar. Ahora se debía a su marido y a su hijo, y él había pasado a ocupar un lugar secundario. No podía soportar la idea.

-Perdona, ya hemos hablado bastante de esto. No necesitas insistir.

Ella guardó silencio, con la mirada fija en la mesa. Luego dijo:

-No has pagado la consumición.

Él puso un billete sobre el platillo donde estaba la nota del camarero. Iba a levantarse, cuando le pareció que el suelo se conmovía, y apenas tuvo tiempo de apercibirse de la explosión: algo había estallado, derribando el delgado tabique. Lo golpeó en la cabeza un objeto pesado, y se sintió lanzado al otro lado de la sala, como si lo hubiera engullido un alucinante torbellino. Luego perdió la consciencia. Unos segundos después, ambos habían desaparecido bajo los cascotes.

Se le pudo identificar por su documentación. Cerca, en el bolso de cocodrilo de su esposa, hallaron la fotografía de una joven con un niño pequeño. Alguien comentó que la fecha del día coincidía con la que

la mujer llevaba en la alianza que conservaba en el dedo anular.

Trataron de avisar a la hija, pero estaba fuera de la ciudad con su familia. Tampoco estaba la menor. Él había fallecido en el acto, y aunque la esposa fue ingresada en un centro médico, ingresó ya cadáver. Por una ironía del destino, ambos resultaron unidos al otro lado de la vida.

HABÍA OLVIDADO LAS VECES que se presentó a la oposición, y por fin hoy había logrado superar las pruebas. Era un hombre enjuto, con gafas; nunca había tenido mucho pelo, pero ahora estaba casi calvo, y estaba a punto de cumplir los cuarenta. Y estaba enamorado. Vestía un traje un tanto tazado, y hasta deshilachado en el borde de la manga derecha. Le hubiera gustado tener más seguridad en sí mismo, pero siempre fue tímido.

-Es un cuerpo elitista -solía decir, ante sus repetidos fracasos. - Quieren ganar mucho dinero, y por eso no quieren ampliar la plantilla.

Aquella noche no había podido dormir, a causa de la proximidad de la prueba. Por si fuera poco, ya se estaba durmiendo cuando lo despertaron las idas y venidas de un compañero de pensión.

-Será ese borracho -gruñó. -No sé qué hace a estas horas por la casa.

A las ocho ya estaba en la calle, donde los focos permanecían encendidos. El tráfico era numeroso y estaban abiertas las cafeterías, mientras una ligera neblina cubría la glorieta. Los puestos de periódicos estaban también abiertos al público, y pensó comprar uno.

Se sentó en un banco en la acera a leerlo, y notó que el asiento estaba humedecido por la reciente lluvia. Sentía en oleadas el olor del gasoil; cuando alzó la mirada, vio pasar a una mujer muy llamativa que caminaba despacio, como si no tuviera ninguna prisa. Él la siguió con la vista.

-Es guapa -se dijo.- Pero se le ve a la legua lo que es.

Luego estuvo pensando en su novia, que lo aguardaba desde hacía tantos años. Cuando se levantó del banco eran las ocho y cuarto y los autobuses circulaban llenos. Alcanzó uno, que lo llevó a su punto de destino.

Un campanillazo lo sacó de su abstracción. El ejercicio sería oral y al final se darían las calificaciones. Apretó los dientes y subió al estrado para sustituir al compañero; alargó la mano y sacó una papeleta de la caja de madera.

-No se lee -dijo, y su propia voz le sonó extraña. El presidente alargó el cuello provisto de una nuez prominente y comprobó el fallo.

-Saque otra -indicó, y él repitió la suerte.

Temas quince, treinta y uno y ciento veintiséis -anunció con voz temblorosa, mientras el presidente, inclinado, lo miraba con ojos de sueño.

-Bien, comience -le dijo.

Él sentía un nudo en la garganta y carraspeó. A duras penas podía pronunciar palabra.

-Por... ¿por cuál empiezo? -tartamudeó. El otro lo observó con severidad.

-Por el que le dé la gana -dijo con el ceño fruncido.

Él puso en movimiento todas sus reservas mentales. Enfrente, cuatro hombres vestidos con trajes oscuros parecían meditar, adormilados por la añoranza del frustrado fin de semana. Sus mejillas pálidas resaltaban sobre el tapiz de rojo terciopelo del fondo.

-Tema número quince -carraspeó.

Expuso el tema con verdadera brillantez, mientras de la sala subían conversaciones veladas, los pasos arrastrados de alguien, voces que se apagaban o subían de tono.

-Está bien, siga -dijo el presidente. Fumaba en boquilla, haciendo un ruidito a cada chupada; la mordisqueaba continuamente y a veces la mantenía entre los labios, vacía.